

Aproximación a los debates sobre las
consecuencias políticas de la Globalización:
Poder, Gobernabilidad y Democracia



Universidad de Oviedo

Máster en Historia y Análisis Sociocultural

Departamento de Historia. Área de Historia Contemporánea

Facultad de Humanidades

Investigador: Osmán Alfonso Torriente

Director: Francisco Erice Sebares

RESUMEN

En el presente trabajo se hace un recorrido por las consecuencias sociales económicas y culturales de la Globalización y su impacto en los cambios profundos que sufre la esfera política. La crisis de gobernabilidad y el desencanto del ciudadano promedio con las instituciones de la democracia liberal, generan la aparición de nuevas corrientes políticas. Primero se realiza un repaso por fenómenos concretos asociados a la apertura total de los mercados, el comercio desigual y la polarización creciente de las riquezas. Luego una pormenorización, de cómo esos fenómenos han cambiado la percepción cultural que el ciudadano común tiene de su realidad inmediata. Se termina con el análisis de las distintas corrientes políticas que se constituyen en alternativas a la democracia liberal. A lo largo del trabajo se pretende dar una visión lo más orgánica posible sobre tales cambios.

PALABRAS CLAVES

Globalización, Gobernabilidad, Neoliberalismo, Sistema Político, Democracia Liberal, Nacionalismo, Populismo, Cuarta Teoría.

ABSTRACT

In the present work, a tour is made by the social and economic consequences of globalization and its impact on the profound changes that the political sphere undergoes. The crisis of governability and the disenchantment of the average citizen with the institutions of liberal democracy, generate the emergence of new political currents. First, a review is made of concrete phenomena associated with the total opening of markets, unequal trade and the increasing polarization of wealth. Then a detail, of how these phenomena have changed the cultural perception that the ordinary citizen has of his immediate reality. It ends with the analysis of the different political currents that constitute alternatives to liberal democracy. Throughout the work, it is intended to give the most organic vision of such changes.

KEYWORDS

Globalization, Governance, Neoliberalism, Political System, Liberal Democracy, Nationalism, Populism, Social Movements, The Fourth Theory.

ÍNDICE

Introducción	1
1 Marco Teórico	6
1.1 Globalización	
1.2 Democracia	15
2 Globalización, Crisis de Gobernabilidad y Mercados vs Cultura e Identidad	
2.1 Crisis de Gobernabilidad y Globalización	24
2.2 Globalización y Mercados vs Cultura e Identidad	33
3 Nacionalismo y Populismo. La Cuarta Teoría	
3.1 Nacionalismo y Populismo a izquierda y derecha	45
3.2 La Cuarta Teoría, Rusia	57
Conclusiones	63
Bibliografía	70

"Il est plus facile de résister a un péril fasciste qui n'existe pas que de s'interroger sur les effets réels de la mondialisation et du séparatisme"

Christophe Guilluy

INTRODUCCIÓN

Este trabajo pretende abordar los debates sobre las transformaciones del poder político en relación con el impacto económico y sociocultural que ha supuesto la Globalización. Una modesta investigación que se propone establecer un esquema, con las principales aristas del debate que rodea la relación entre la globalización neoliberal como modelo económico, el nuevo escenario político de crisis del modelo hegemónico neoliberal y el ascenso de nuevas fuerzas políticas como la ultra derecha xenófoba y el llamado populismo de izquierda.

En este siglo XXI surgen visiones según las cuales es más difícil que otrora para los poderosos ejercer el control. Estas hablan de una mejoría en la relación de los ciudadanos con el poder, pero es difícil aceptar tal optimismo teniendo en cuenta el auge de la ultraderecha y de líderes con tendencia al autoritarismo y abiertamente antidemocráticos.

Los cambios económicos y culturales que tienen lugar hoy en el mundo han hecho resurgir políticas y conflictos que la democracia occidental parecía haber superado. El auge de la xenofobia, los nacionalismos y el populismo pueden entenderse como una alternativa a la desconfianza en las estructuras políticas tradicionales o pueden representar otra cosa.

Más que una crisis del poder, puede hablarse de lo que Richard Sennett (Sennet, 2000) denomina una *corrosión del carácter*, es decir, una desfiguración paulatina de los valores esenciales de la humanidad que van

siendo suplantados por el valor de la competencia en la consecución de bienes materiales sin importar el costo, o la búsqueda de una identidad tribal.

¿Cómo es la relación de los políticos hoy día con los grandes bancos y las megaempresas? ¿Será posible que esa relación obedezca a lo que Noam Chomsky ha llamado *socialismo para ricos*? Es decir, estrategias estatales que no se atreven a establecer políticas elementales de protección para los menos favorecidos económicamente, pero no dudan en aprobar rescates millonarios para bancos o empresas en bancarrota.

¿Qué es la democracia hoy en día? ¿Las viejas distinciones de izquierda y derecha podrán tener más peso que los nacionalismos en períodos de crisis ininterrumpidas? Y por último ¿Es real que los medios de comunicación las redes sociales y las diversas herramientas que nos brinda internet son fundamentales para la democracia? ¿O al estar bajo el monopolio de las transnacionales van siendo lo contrario, una nueva pieza de lo que Foucault llamaba *microfísica del poder*?

Hay nuevas perspectivas para explicar el evento político y sus consecuencias que se establecen en el sentido común contemporáneo. Lo curioso es que tal fenómeno se despliega en una dirección, que cuestiona fundamentos de la democracia liberal que parecían intocables. Si hace unos años Francis Fukuyama (1992) se atrevía a anunciar el Fin de la Historia, entendiendo al liberalismo como único horizonte válido para el progreso de la civilización, en días recientes el propio pensador es mucho más cauto en sus aseveraciones. La historia no se ha detenido en el paradigma liberal y tampoco

ha desaparecido la lucha de clases en este proceso de polarización galopante se torna aún más radical.

Además, el presente estudio, que solo comienza, siendo una primera aproximación a un proyecto más amplio, se propone contribuir a una mejor comprensión de lo que esta crisis política significa y cómo la viven sus principales actores. También determinar en alguna medida, cuáles son los fundamentos ideológicos de los representantes los promotores, del cambio y que significaría el triunfo de tales propuestas en el futuro redimensionamiento de la escena política mundial.

Por otra parte, la investigación no descuida la evolución del poder de las élites en los años recientes. Si el poder se ha vuelto más elusivo y frágil en cuanto a figuras o partidos que emergen y desaparecen con mayor celeridad, no lo ha sido así en lo que refiere a las figuras del escenario económico. Las megafusiones de capitales hacen más estables las fortunas de un muy reducido porcentaje de la población mundial que, a pesar de la aparente democratización de los medios de difusión y los mercados, manipulan más que nunca la información y nuestras voluntades en tanto consumidores ya sea de mercancías como de figuras políticas.

Se trata del análisis de un fenómeno aún vivo, catalizador de nuevas preocupaciones y del que forma parte cada ser humano como actor; lo que impide tomar esa distancia desde la cual se adquiere una mejor perspectiva histórica, aunque no por ello debe eludirse el estudio de un tema que desde la academia puede contribuir a las necesidades de la sociedad.

Hay una crisis de paradigmas que avanza tan rápido, que cuando se trata de perfilar sus esencias se ha producido una nueva mutación. La única lógica que sobrevive es la defensa a ultranza del valor de la competencia y el incremento de las ganancias.

En tiempos en que el discurso político es demasiado heterogéneo, hacer simplificaciones en afán de encapsular con mayor facilidad las distintas opciones políticas solo impide una comprensión real de fenómenos novedosos en su mayoría. Es necesario ver cómo los procesos se desenvuelven en toda su complejidad, comprender qué es lo que tienen de nuevo y que causas lo generaron.

Los enfoques existentes, en el ámbito académico y fuera de él, han envejecido y muchos de ellos son arcaicos o desacertados. Oscurecen más que clarifican la realidad y su transformación. El autor considera que no es por renunciar al estudio de la realidad, más bien es por evitar una visión integradora de los fenómenos. Creo que seguir aferrados a las etiquetas políticas de antaño como derecha e izquierda elude un tipo de interpretación analítica que generaría nuevos enfoques. La fragmentación y la inercia complaciente no ayudan a reconstruir los vínculos entre las ciencias sociales y el accionar efectivo en la escena política del ciudadano común, necesitado entre tanta información vana, de establecer nexos más fuertes con la opinión especializada.

Para llevar a buen término los objetivos de esta investigación primero se define un marco teórico dónde se delimitan los conceptos utilizados a lo largo de la misma. En el siguiente capítulo se analiza el fenómeno de la globalización

neoliberal en su impacto en cuanto modelo no solo económico sino también cultural. Luego se hace un repaso por las alternativas políticas a la llamada democracia liberal y un modelo que ha entrado en crisis.

Por último se hace un compendio en forma de conclusión de los diferentes elementos que corresponden a este debate de la contemporaneidad.

1. MARCO TEÓRICO

1.1- Globalización

En el mundo académico, el concepto Globalización no es uno muy claro. Para algunos constituye una nueva fase del desarrollo del capitalismo con una dinámica inédita, mientras que para otros es el fin en un período más reciente de un antiguo proceso de internacionalización económica que podría tener inicio en el siglo XV. Es decir, no tendría sentido hablar en este caso de un proceso radicalmente diferente por su esencia de períodos anteriores de rápida expansión de la economía internacional.

Se dice que la globalización es una tendencia histórica resultante de diversos procesos sociales que tienen su germen en el origen mismo del capitalismo. Una suma de procesos que reflejan una tendencia inevitable hacia la interconexión entre los pueblos del mundo y sus instituciones. El desarrollo del capitalismo como sistema y en especial el auge del imperialismo generan y reproducen una realidad de espacio unificado ya no solo desde el intercambio económico también en el cultural.

El término es utilizado en una amplia variedad de formas en la gran mayoría de los casos se hace referencia a la creciente integración de la economía internacional. Pero también se utiliza en sentido negativo para hacer alusión al fenómeno de decreciente capacidad de los Estados nacionales de adoptar políticas que difieren de los intereses del capital internacional.

La globalización encierra mayores niveles de interrelación que se están dando a niveles de la sociedad global. Como fenómeno, es un proceso objetivo

y está dando cuenta de los niveles de conexión entre las naciones, como tendencia se mueve hacia un estado de generalización. Tiene como espacio no solo lo económico, sino otras esferas de lo social, y como esencia es resultado de la evolución del conocimiento científico.

En esta investigación se prioriza la definición que brinda el Dr. Juan Antonio Blanco (Blanco, 1998) para quien, el llamado proceso de globalización, es en realidad la reorganización del sistema mundial de acumulación capitalista, en el marco del proceso civilizatorio iniciado por las nuevas tecnologías. Se pretende así que ese nuevo proceso civilizatorio sea el pilar para la renovación y extensión temporal de la cultura capitalista.

La vocación internacional del capital, ya señalada por Marx en el siglo XIX, se hace hoy cada vez más evidente. Muchos autores han llamado globalización o mundialización a las nuevas características que adopta esta internacionalización del capital. Algunos autores sostienen, sin embargo, que la globalización es un mito, que no hay nada nuevo en el llamado proceso actual de globalización que se trata de un intento por enmascarar la esencia capitalista con un nuevo concepto (Chesnais, 1996).

Aceptando que, efectivamente, el capital tiene una vocación internacional inherente, considera el autor de esta investigación, que en las últimas décadas se han producido cambios cualitativos que justifican aceptar que se ha abierto un nuevo período en este proceso de internacionalización del capital, que amerita una denominación diferente.

El catedrático inglés David Held (2006) prefiere para referirse a las diferencias sustantivas que tiene este proceso de globalización con otros procesos de interacción económica, utilizar el término *conductores*. El mundo en que vivimos se encuentra altamente interconectado. La interconectividad de los países o proceso de globalización, como frecuentemente se le llama, se puede medir sin mucho esfuerzo estableciendo vínculos entre las maneras en las cuales el comercio, las finanzas, la comunicación, los contaminantes y la violencia, entre muchos otros factores, fluyen a través de las fronteras y circunscriben el bienestar de los países dentro de patrones comunes. El autor destaca que tales conductores, los más profundos de este proceso, serán operativos en el futuro previsible, independientemente de la forma política exacta que tome la globalización. Entre estos conductores están:

1- La estructura cambiante de las comunicaciones globales ligadas a la revolución en la tecnología de la información.

2-El desarrollo de mercados globales en bienes y servicios, conectado con la nueva distribución mundial de la información.

3-La presión de la migración y el movimiento de personas, unida a cambios en los patrones de de-manda económica, demografía y degradación del medio ambiente.

4-El final de la Guerra Fría y la difusión de valores de democracia y consumo por muchas de las regiones del mundo.

5-El surgimiento de un nuevo tipo y forma de sociedad civil global, con la cristalización de elementos de una opinión pública global.

Manuel Castells (2008) subraya la unidad en tiempo real o simultaneidad de los eventos como núcleo de su definición. Para él globalización no es sinónimo de internacionalización. En sentido estricto es el proceso resultante de la capacidad de ciertas actividades de funcionar como unidad en tiempo real a escala planetaria. Es un fenómeno nuevo porque solo en las dos últimas décadas del siglo XX se ha constituido un sistema tecnológico de sistemas de información, telecomunicaciones y transporte, que ha articulado todo el planeta en una red de flujos en las que confluyen las funciones y unidades estratégicamente dominantes de todos los ámbitos de la actividad humana. Así, la economía global no es, en términos de empleo, sino una pequeña parte de la economía mundial, pero es la parte decisiva.

Marta Harnecker (2017) establece una especie de resumen y según ella hay dos fenómenos nuevos que son relevantes en la actual internacionalización del capital:

1) Unidad en tiempo real a escala planetaria

El capital, hoy, no sólo se traslada a los lugares más alejados del mundo, como lo ha hecho ya desde el siglo XVI, sino que cantidades de dinero se transfieren en segundos en los circuitos electrónicos que unen al mundo de las finanzas. Se trata de un fenómeno nuevo que sólo comienza a ser posible en las últimas décadas del siglo XX, gracias a la nueva infraestructura proporcionada por las tecnologías de la información y la comunicación y a las nuevas condiciones institucionales que hacen posible ese gran desplazamiento de capitales, al eliminarse las trabas implantadas luego de la Segunda Guerra

Mundial. Este fenómeno tomó un impulso cada vez mayor con la desaparición del bloque soviético y los cambios económicos asumidos por esos países.

2) Internacionalización del proceso productivo

En segundo lugar, más allá del terreno de las finanzas, algo cualitativamente nuevo ocurrió también en el terreno de la producción: la internacionalización del propio proceso de producción, es decir, la fabricación de diferentes partes del producto final en diversos lugares geográficos. Y esto mismo ha ocurrido en el área de muchos servicios. Este desplazamiento o relocalización del proceso productivo y de los servicios, impensable sin la incorporación al proceso productivo de los adelantos tecnológicos, ha determinado que muchos procesos se desplacen hacia los países que ofrecen ventajas comparativas. Lo que conlleva una gran difusión de las relaciones capitalistas de producción allí donde se instala el capital transnacional.

No debe absolutizarse la idea de muchos de los ideólogos de la actual globalización, quienes pretenden paralizar economías nacionales, haciendo creer que la humanidad está sometida a la acción de fuerzas económicas globales incontrolables. Los estados aún cuentan con poder, no podemos referirnos a ellos como meros instrumentos de las transnacionales o víctimas indefensas de mercados financieros volátiles y anárquicos.

Es cierto que muchos políticos utilizan esta palabra como una especie de explicación fácil para todo lo que ocurre de negativo en un país, atribuyendo a ella el crecimiento del desempleo, el descenso de los salarios y muchas otras cosas. Tales invectivas lo transforman en un término vacío, pero no puede

negarse su existencia. Por el contrario, debe estudiarse a fondo en qué consiste este proceso para poder elaborar estrategias que permitan darle una orientación diferente, no individualista, sino solidaria. (Harnecker, 2017)

Finalmente y volviendo a la ya citada definición de Juan Antonio Blanco (2008), no se debe olvidar que lo que hoy se globaliza es, precisamente, la forma capitalista de explotación. Ésta adopta diversas modalidades según el grado de desarrollo de los países. Mientras en los países más desarrollados los avances de la nueva revolución tecnológica son evidentes y hacen pensar a algunos autores que ya se ha llegado a una etapa posindustrial y hasta pos capitalista. (Drucker, 2004). En los países pobres se da como un fenómeno diferente al estar excluidos de los beneficios de la globalización y al quedar la mayor parte de esas economías fuera de los flujo de capitales que se comportan de manera asimétrica.

Hay una aproximación desde la periferia al respecto en la propuesta de Boaventura de Sousa Santos (2003) el cual se explica la globalización como procesos múltiples con diferente ritmo no habla de una, sino de varias globalizaciones. Con lo cual tiene además en cuenta de manera coherente los diferentes procesos que engloba el fenómeno y las palpables diferencias entre ellos.

La globalización *económica* se refiere básicamente a la consolidación de una economía dominada por el sistema financiero y por la inversión a escala global; procesos de producción flexibles y bajos costos de transporte; revolución en las tecnologías de información y de comunicación; desregulación de las economías nacionales; preeminencia de las agencias financieras multilaterales y la

emergencia de tres grandes capitalismo transnacionales: americano, japonés y europeo. En esencia esos tres grandes centros siguen controlando el capitalismo transnacional.

La globalización *social*, da cuenta de la transformación en la estructura de clases sociales a partir de la emergencia de una clase capitalista transnacional, transformación reflejada en el crecimiento de la brecha existente no solamente entre las diferentes clases sociales sino entre los países más pobres con respecto a los países más ricos.

La globalización política se caracteriza por la reducción de la autonomía política y la soberanía efectiva tal hecho se traduce en términos de una desnacionalización del Estado, una desestatalización de los regímenes políticos y una internacionalización del Estado nacional de los estados periféricos y semiperiféricos, y el aumento dramático de las asimetrías del poder transnacional entre el centro y la periferia del sistema mundial.

Por último, en la globalización *cultural* Santos distingue dos fenómenos importantes: la creación de universos simbólicos transnacionales y la homogeneización cultural generadas a partir de la expansión de los medios de comunicación electrónicos y las migraciones (Santos, 2003).

La idea de Santos la comparte Fernando Vallespín (2000) para quien a pesar de que la globalización es un hecho, no cubre ni puede explicar toda la variedad de formas y manifestaciones de la vida social. Es mejor hablar de *globalizaciones* en plural que de una sola, atendiendo que es un fenómeno que no sigue una única lógica ni repercute por igual en las diferentes sociedades.

Que crea nuevos patrones de desigualdad y jerarquía pero también nuevas posibilidades. Es un recurso y una oportunidad, pero también un límite y una restricción. Si algo caracteriza a la globalización es su pluralidad.

Hay muchos enfoques radicales en su oposición respecto a la pertinencia o no del concepto globalización, fenómeno que equivaldría según estas perspectivas a una especie de americanización encubierta, entendida como una forma de imperialismo cultural y, por ello mismo, difusora de las desigualdades. La globalización, vista como una fuerza compleja en la que predominan los factores económicos, representa la clave principal desde la que comprender la política estadounidense y el denominado *Consenso de Washington*. La carrera de los gobiernos norteamericanos por la conquista de mercados exteriores se habría hecho dando cumplimiento a la ilusión norteamericana de toda la civilización humana guiada por el mito del mercado liberal.

Por ejemplo Ulrich Beck (1998) identifica globalización con politización, un escenario en el que las grandes empresas asumen el poder sin la existencia a nivel global de poderes políticos que se les opongan. Los empresarios logran moldear el mundo y sus instituciones a su conveniencia privando a las sociedades de sus principales recursos. Pretenden en definitiva dismantelar los estados o reducirlos a su versión mínima para la realización de una utopía anárquico-mercantil. Tal expansión de los poderes transnacionales socava los cimientos de las economías y estados nacionales y desencadena una subpolitización de la sociedad civil de consecuencias imprevisibles.

El filósofo John Gray (2000) va aún más lejos y considera que la llamada globalización económica es decir, la expansión a nivel mundial de la producción industrial y de las nuevas tecnologías promovida por la movilidad del capital sin restricciones y por la libertad de comercio sin trabas, es en realidad una amenaza para la estabilidad del libre mercado global que están construyendo las organizaciones transnacionales de base estadounidense. Una economía mundial no puede conseguir que un único régimen se vuelva universal. Tal idea se basa en el supuesto de que la modernización económica significa lo mismo en todas partes, que sigue caminos análogos en todo el mundo y no es así. Gray llama al proyecto globalizador la última encarnación del proyecto ilustrado de una civilización universal. Los costes humanos de tal utopía, como otras basadas en la supuesta racionalidad del mundo, serán incalculables en el sufrimiento que inflijan.

A menudo se piensa que los procesos asociados con la globalización están guiados más por fuerzas tecnológicas y/o económicas que por los recursos políticos y los intereses capitalistas de las élites estatales y empresariales estadounidenses. Sin embargo el proceso de globalización ha sido impulsado sobre todo, por el enorme poder político disfrutado por el Estado y el mundo empresarial estadounidense. El declive y posterior colapso del comunismo y la unión Soviética han generado la búsqueda de nuevos medios para someter al mundo bajo el liderazgo de los EE.UU. La globalización y el neoliberalismo eran fenómenos anteriores al declive soviético, pero ha sido a partir de los años 90 que las administraciones estadounidenses han pretendido generalizar estas tendencias provocando el sometimiento de otras economías políticas (Gowan, 2000).

Me parece válido concluir tal multiplicidad de enfoques buscando un equilibrio mediante Anthony Giddens (2000) que reconoce hay una enorme controversia que divide de un lado a los *escépticos* que dicen respecto a la globalización, que no hay nada nuevo bajo el sol y afirman que las continuidades y paralelismos con el pasado son mucho mayores que las diferencias, pues a principios del siglo XX ya existía un comercio internacional bastante abierto y los países no exigían ni pasaporte. Y de otro lado los *ingenuos* que están tan impresionados con los cambios sobre todo los tecnológicos que consideran que el mundo entra a una era que rompe radicalmente con el pasado. El papel del conocimiento como forma de producción y los nuevos descubrimientos en las ciencias de la vida señalan una profunda transición en la historia del ser humano.

Como suele ocurrir, concluye Giddens, la razón es posible este en un término medio entre ambas posturas, aunque él tiende a estar más de acuerdo con los llamados *ingenuos*. El autor de esta investigación prefiere al contrario asumir la perspectiva escéptica, en cuanto considera que esta fase del capitalismo no renuncia a las esencias del sistema ni económica ni políticamente, hay cambios sí pero no radicales.

1.2 Democracia

El poder político en los años recientes, bajo el influjo de lo que se conoce como globalización y sus múltiples derivaciones está cambiando. Pero hay algo preocupante y es imaginar que esa pluralidad de accesos y esa supuesta anarquía de las redes formales o informales del mundo contemporáneo no siguen estando al servicio de élites. El poder político es más elusivo a una

definición certera, pero ello no implica que haya desaparecido o se debilite. Que no se pueda ceñir su rostro a la aparición de un partido o figura política, no quiere decir que se acerque su fin, más bien que han surgido nuevas formas de control político y posiblemente no son más democráticas, si es que hoy en día la palabra democracia aún significa algo.

En este escenario el término democracia se ha usado con los significados más diversos y opuestos. No sólo porque se repite en la batalla política y porque numerosas fuerzas políticas de los distintos países, especialmente después de la segunda guerra mundial, lo han usado como símbolo, como palabra mágica en torno a la que agregar los mayores consensos posibles, sino también porque desde hace siglos ha sido objeto de la atención y reflexión del pensamiento político occidental. (Morlino, 2017)

Según Sartori (1969), el término democracia indica bien un conjunto de ideales, bien un sistema político, característica que comparte con los términos comunismo y socialismo. A diferencia de estos la democracia no se ha identificado nunca con una corriente concreta de pensamiento: es más bien un producto de todo el desarrollo de la civilización occidental. La democracia, cuanto más ha asumido un significado elogioso universalmente reconocido, más ha sufrido una evaporación conceptual, convirtiéndose en la etiqueta más indefinida de su género. No todos los sistemas políticos se llaman socialistas, pero incluso los sistemas comunistas o las dictaduras de extrema derecha, afirman ser democráticos, la democracia resume todo.

Una definición normativa capaz de recoger mucho consenso entre los estudiosos es la siguiente: la democracia es aquel régimen político que postula

una «necesaria correspondencia entre los actos de gobierno y los deseos de aquellos que son afectados por ellos» (May,1978), o bien, en una versión un poco distinta, democracia es un régimen político caracterizado por la continua capacidad de respuesta del gobierno a las preferencias de sus ciudadanos, considerados políticamente iguales (Dahl, 1980).

Tales definiciones, sin embargo, tienen carencias en el plano normativo y no dejan de plantear problemas empíricos. De hecho, una definición de regímenes democráticos ideales debería señalar también los mecanismos considerados más idóneos tanto en la formación autónoma de los deseos o de las preferencias o de las demandas, como en la toma de decisiones, así como, por último, en la ejecución de esas decisiones.

En otras palabras, cualquier definición exhaustiva, normativa o no, de un régimen democrático debe contemplar los tres momentos o aspectos principales de un régimen político y no sólo fundamentalmente el tercero, como hacen, en mayor medida, la definición de May y, en menor medida, la de Dahl (en la que es importante la referencia a los ciudadanos políticamente iguales).

Los teóricos de la democracia, clásicos o modernos, han tratado, aunque bajo formas distintas, todos estos temas sin dar respuestas que no se quedasen en el plano normativo de la doctrina propuesta por ellos. Más recientemente se ha intentado también ofrecer una traducción empírica, directa o indirecta, a la responsabilidad, que se ha convertido también en rendimiento de las instituciones, eficacia decisional y así, pero sin llegar ni siquiera así a respuestas empíricas verdaderamente satisfactorias.

La vía de salida más elegante, a juicio del autor, la ha sugerido Dahl (1980) quien, para superar los problemas empíricos que su definición y normativa plantean, ofrece una solución mediante dos postulados distintos. Primer postulado: a fin de que un régimen sea capaz de respuesta en el tiempo, todos los ciudadanos deben tener parecidas oportunidades de: a) formular sus preferencias; b) expresar esas preferencias a los otros y al gobierno mediante una acción individual o colectiva; c) lograr que las propias preferencias sean consideradas o sopesadas por igual, sin discriminaciones en cuanto a su contenido y origen.

Segundo postulado: para que existan estas tres oportunidades en los actuales estados-naciones tienen que existir al menos las siguientes ocho garantías institucionales: a) libertad de asociación y organización; b) libertad de pensamiento (y expresión); c) derecho de voto; d) derecho de los líderes políticos a competir por el apoyo (electoral); e) fuentes alternativas de información; f) posibilidad de ser elegido para cargos públicos (electorado pasivo); g) elecciones libres y correctas; h) existencia de instituciones que hacen depender las políticas gubernamentales del voto y de otras expresiones de preferencia. En otras palabras, Dahl traduce en dos temas precisos la sustancia de todo lo mantenido por la doctrina liberal constitucional acerca de la correspondencia entre responsabilidad-representación-elección. Y se asume que la responsabilidad se haga valer mediante la capacidad de sanción del que vota, quien podrá evaluar autónomamente la congruencia de las respuestas gubernamentales con sus propias preferencias, evaluar el grado de responsabilidad política de ese concreto régimen democrático.

Anthony Giddens (Giddens, 1999) concuerda en lo esencial: para él la democracia es un sistema que implica competencia efectiva entre partidos políticos que buscan puestos de poder. En una democracia hay elecciones regulares y limpias, en las que toman parte todos los miembros de la población. Estos derechos de participación democrática van acompañados de libertades civiles: libertad de expresión y discusión, junto con la libertad de formar y afiliarse a grupos o asociaciones políticas.

Al proponer estos temas se ha pasado de la democracia ideal (convertida en liberal-democracia ideal) a la valoración de las liberal-democracias de masas, que se han plasmado concretamente en el mundo occidental y que se basan en aquella doctrina liberal, realizando más o menos completamente las ocho garantías constitucionales mencionadas más arriba. Además, se ha planteado como condición esencial, necesaria aunque no suficiente, de la democracia de salida, en el momento en que se toman y se ejecutan las decisiones, el respeto de aquellas garantías liberales o bien la existencia de una (liberal)-democracia de entrada (Sartori, 1974), es decir, en la fase de formulación, expresión y consideración de las preferencias individuales.

De democracias a secas solo se puede discutir a nivel de teoría normativa e incluso en ese caso, como se ha visto, se acaba por recaer en la solución liberal-democrática. Para que tal definición sea relativamente exhaustiva y satisfactoria, se tienen que indicar al menos los principales mecanismos de formación de la demanda y de toma de las decisiones.

Es éste el momento en que hay que preguntarse cuáles sean, más en detalle los aspectos sustanciales del método democrático, siempre a nivel

empírico. Tratando de especificarlos más exactamente, se deben indicar: el conjunto de reglas formales o procedimientos que organizan el voto por sufragio universal; las elecciones libres, correctas, competitivas, periódicas; las estructuras de organización e intermediación representadas por los partidos en competición (dos o más de dos); la existencia de una estructura decisional y de control elegida con las normas ya mencionadas (el parlamento); la existencia de un primer ministro y de un gobierno responsables ante el parlamento o resultado de elección directa por el cuerpo electoral. Esas instituciones y normas presuponen, aunque en medidas diferentes, garantías reales de los derechos políticos y libertades y, por tanto, la existencia de otras normas que garantizan tales derechos.

Held contextualiza la democracia a las realidades actuales y hace hincapié en la necesidad de mecanismos de control respecto al consentimiento en la aplicación de las medidas políticas. La democracia presupone un proceso político no coercitivo en el cual, y a través del cual, la gente pueda perseguir y negociar los términos de su interconectividad, interdependencia y diferencia. En el pensamiento democrático, el consentimiento constituye la base del acuerdo colectivo y la gobernabilidad porque, para que la gente sea libre e igual deben existir mecanismos a través de los cuales el consentimiento se pueda reflejar en la determinación del gobierno de la vida pública. Así pues, cuando millones mueren innecesariamente y millones están innecesariamente amenazados, se puede claramente afirmar que se le está infligiendo un serio daño a la gente sin su consentimiento y contra su voluntad. El reconocimiento de esto revela déficits fundamentales en nuestros arreglos de gobernanza que yacen en el corazón de la justicia y la democracia (Held, 2006).

Colocar en el centro de la definición el acuerdo-compromiso, conduce también a una posterior observación que por su importancia merece un tratamiento aparte, aunque sea rápido. Una parte importante de la teoría democrática ha subrayado siempre el carácter central del principio mayoritario (Bobbio, 1999). Este principio, exaltado y recalcado por ciertos sistemas electorales, llamados precisamente mayoritarios, establece que en las distintas instancias de decisión, y no sólo en la electoral, la mayoría de las preferencias deben prevalecer, determinando el resultado de la decisión (Kelsen, 2000).

Para concluir con las definiciones empíricas de la liberal-democracia de masas, hay que recordar que los distintos autores se han planteado el problema de dar una definición mínima de esos sistemas políticos. Han tratado de proponer una definición parca que fuese discriminante respecto a otros regímenes no democráticos. Se han esforzado por indicar los pocos aspectos, inmediatamente controlables empíricamente y esenciales, que permitirían establecer un umbral mínimo por debajo del cual un régimen no pudiera considerarse democrático.

Así se ha mantenido que democráticos son todos los regímenes que presentan: a) sufragio universal, masculino y femenino; b) elecciones libres, competitivas, periódicas, correctas; c) más de un partido; d) fuentes de información distintas y alternativas. Esta definición mínima recoge y reduce a lo esencial algunos de los aspectos recordados antes. La utilidad de esta definición mínima reside, ante todo, en el plano empírico, al ser aplicable no sólo inmediatamente, sino también de forma sencilla.

Por último en este apartado me gustaría recordar la noción de estabilidad sugerida por Bernard Crick (2003) que me parece enriquecedora en cuanto propone una mirada que sin renunciar al término democracia es más factible para una verdadera explicación. Crick apela más que a la existencia de una democracia a la *estabilidad* de un sistema político para evaluar su funcionamiento práctico. Para él un sistema es estable cuando reúne estas condiciones que él reconoce como generalizaciones pero que pueden ser mensuradas empíricamente.

El sistema político es *estable* cuando: La sociedad reconoce ser compleja, es decir existe pluralidad de intereses; existe la presunción de que el individuo es más real que el grupo; la élite no impide que accedan a ella otros grupos; existe una clase media numerosa; el gobierno se considera como una actividad predominantemente secular; la sociedad reconoce que la existencia de conflictos de intereses es normal; en la sociedad no hay diferencias económicas extremas; se reconoce la distinción entre lo público y lo privado; existe una tradición de teorización política y la élite gobernante tiene la intención de actuar desde la política.

Crick además comenta lo que él denomina una condición negativa y es que en la sociedad no existe un consenso universal, más allá del acuerdo de actuar mediante la política. Los consensos a nivel social nos dice, por regla general son hijos de un proyecto político que se pretende vender como una marca. En otro momento del libro para complementar, recuerda "La democracia mayoritaria presenta su cara más insatisfactoria y antipolítica en la famosa doctrina de la soberanía del pueblo ¿Qué pueblo?". Para Crick la prueba de

que un hombre es honesto y respeta la política, es reconocer el vacío implícito en la noción de soberanía del pueblo.

De estas generalizaciones pueden extraerse más conclusiones, pero poseen un orden de importancia capital, de las interacciones entre ellas puede derivarse la lógica de cualquier sistema político.

En el mundo contemporáneo, en todas las sociedades avanzadas subsiste el sistema democrático pero tal sistema se ve desafiado en su eficacia por internacionalización de los procesos sociales. Nos sentimos cada vez más afectados por fenómenos que escapan a nuestro control dentro de los marcos estrictos de un territorio o nación. El debate a generar está relacionado con cómo los principios de esa democracia pueden colaborar en la generación de un marco de integración común en la esfera política internacional.

2 Globalización, Crisis de Gobernabilidad y Mercados vs Identidad

2.1 Crisis de Gobernabilidad y Globalización.

La globalización representa numerosos retos en el mantenimiento de las solidaridades y en la organización de una comunidad política en cualquier escenario sea nacional o global. La internacionalización de las inversiones, de la producción y del consumo entra en contradicción con la base nacional de los sistemas fiscales, que tienen que propiciar una seguridad mínima. Además, la creciente interdependencia entre los países implica profundas modificaciones en la manera de concebir la política a escala nacional.

El análisis sobre la relación entre el Estado y la globalización presenta tres posiciones básicas según Saskia Sassen (Sassen, 2007) la primera postula que la globalización victimiza al Estado, la segunda plantea que es poco lo que ha cambiado y que los Estados siguen haciendo lo que han hecho hasta ahora, y la tercera sostiene que el Estado se adapta e incluso podría transformarse con la globalización para no perder poder. A pesar de la diversidad de tales enfoques, concluye que todos comparten la idea de que lo global y lo nacional se excluyen mutuamente.

Los gobiernos nacionales en algunas circunstancias se van convirtiendo en meros gerentes de las megaempresas. Gobiernos que además han perdido poder porque han perdido la capacidad de lidiar unilateralmente con los principales problemas actuales. El Estado como institución se ve constreñido entre la necesidad de hacer crecer la economía, y los requerimientos de las grandes empresas que les exigen mejores condiciones de inversión y

competitividad. Ello se traduce muchas veces en la desprotección de los ciudadanos. Lo irónico es que la desregulación y la privatización, procesos que debilitan al Estado son implementados por este mismo.

A lo largo de los siglos XIX y XX los teóricos de la democracia han tendido a suponer una relación simétrica y congruente, entre quienes toman las decisiones políticas y aquellos que las reciben. Es decir simetría en la relación entre ciudadanos que ejercen su voto y los gobernantes elegidos por estos. Y también entre la lógica de las decisiones políticas de los gobernantes y sus electores de un territorio delimitado. (Held, 1997)

Tal simetría está siendo puesta en entredicho una y otra vez. Los desafíos de la interconexión global hacen inviable el establecimiento de políticas acordes con las nociones democráticas de antaño. El proceso de gobierno trasciende el alcance del Estado- Nación. La idea de una comunidad que se gobierna a sí misma de forma efectiva y determina su futuro sin la interferencia de otro Estado u organización supranacional como la ONU, la OTAN, el FMI o el Grupo de los 7 es una ilusión.

El caso del FMI (Fondo Monetario Internacional) y el BM (Banco Mundial) es clásico por su impacto en las políticas nacionales. Quienes pretendan obtener un ayuda financiera de cualquiera de estas organizaciones, se les exigirá que restrinjan la expansión del crédito, achiquen el gasto público, limiten los salarios y los empleos en el sector público, devalúen su moneda y reduzcan los programas de asistencia social. En resumen, lo que se conoce como un tratamiento de *shock*, que suele dislocar el funcionamiento del país que lo

recibe. En tales condiciones no es posible hablar de soberanía y autodeterminación plena de un Estado.

La política nacional está siendo reemplazada por formas de representación más nuevas, más fluidas, que trascienden las fronteras nacionales. La autoridad se traslada, de los legisladores nacionales a redes transnacionales de reguladores. Las decisiones que conforman la vida económica son tomadas por grandes compañías multinacionales y por tecnócratas internacionales sin rostro. Quienes sufren un mayor impacto son por supuesto los países pobres que no cuentan con el arsenal tecnológico para hacer frente a la competencia global. Ni cuentan con las ventajas comparativas o las fuentes de inversión de los países ricos, por lo que su participación es marginal y casi siempre siguiendo los dictados de alguna institución supranacional.

A pesar de las fracturas y conflictos de nuestro tiempo, las sociedades se están volviendo más interconectadas e interdependientes. Se dan rupturas visibles entre lo local y lo global. Como resultado, los desarrollos a nivel local, sean económicos, políticos o sociales, pueden adquirir casi instantáneamente consecuencias globales y viceversa (Held, 2006). Si unimos esto a los avances científicos en todos los campos, frecuentemente difundidos al instante a través de las redes globales de comunicación, la arena global se convierte en un extraordinario espacio potencial para el desarrollo humano al igual que para la ruptura y destrucción por parte de individuos, grupos o Estados (todos los cuales pueden, en principio, aprender las lecciones de la energía nuclear, la genética, la bacteriología y la conexión de computadoras en red).

Las consecuencias más importantes derivadas de este fenómeno de interconectividad según la Dra. Rayón Ballesteros (2018) son que los Estados pierden parte de su soberanía y autonomía para solventar por sí solos la decisión de sus problemas mientras que las organizaciones internacionales, como el G7, y las empresas multinacionales adquieren más importancia en esas decisiones. Es decir, el ascenso de un poder político global en la estructura de autoridad de los Estados del mundo.

Vale subrayar además que sí la globalización ha contribuido a expandir la interconectividad y la inmediatez, también lo ha hecho con los flagelos asociados al crimen organizado, el terrorismo, el tráfico de drogas y armas, el blanqueo de capitales, el aumento del capital especulativo y las estafas financieras, una creciente manipulación de los medios de comunicación social, el control mediante las redes sociales, así como el incremento de la migración social, la propagación de epidemias, la urbanización desenfrenada y la aparición de una cultura uniformada.

Junto a todo lo anterior, los Estados, sobre todo los democráticos, pierden la capacidad de control de los flujos de información entre los ciudadanos con la aparición de Internet. Ello en medio de fenómenos que requieren una respuesta inmediata como la crisis ecológica, que pone en riesgo la supervivencia del planeta. Crisis como la medio ambiental, explican porque el consenso cristalizado en comunidades delimitadas territorialmente pierde validez ¿De qué valdría tal consenso, frente a la decisión de enfrentar flagelos cuyo impacto y consecuencias competen al planeta en su conjunto?

Según la misma autora hay elementos más específicos que aluden directamente a la relación Estado-Nación y los efectos que el proceso globalizador estimula en tal entorno. En principio la paradoja se da porque por un lado, la globalización estimula la consolidación de lo local pero, a la vez, genera un mecanismo de homogeneización que las comunidades nacionales rechazan con más o menos fuerza. Otro elemento complejo está vinculado a la reducción drástica de la autonomía de los gobiernos para desarrollar su política económica. Pone como ejemplo la estrategia económica común de la Unión Europea, que afecta a la política fiscal, la redistribución de la renta, la política monetaria y la política cambiaria de todos los países vinculados a ella. (Rayón, 2018)

Respecto a la población: hay que considerar nuevos actores por ejemplo los ciudadanos con doble nacionalidad que se mueven alrededor del mundo y exigen sus Derechos en todos los Estados. También la población en zonas limítrofes que no ve representados sus intereses por ninguno de los Estados con los que colinda. Se expande el concepto de ciudadanía mundial de manera que gente que vive en lugares muy alejados comparte la misma forma de solucionar problemas. En cuanto al territorio, hay que destacar que con la globalización se supera el concepto de frontera y el territorio no es el límite para el ejercicio de la competencia exclusiva del Estado.

Muchos de los dominios de la autoridad estatal se ven socavados y no pueden ser controlados sin recurrir a formas internacionales de cooperación. Es imprescindible un mayor grado de integración política con otros Estados por

lo que se da un importante crecimiento de de instituciones de alcance global como las ONG's.

Desde el punto de vista económico se acumulan más preguntas que respuestas. Y la pregunta a hacerse no es si las transnacionales harán desaparecer el Estado o sí se borrarán de una vez las fronteras nacionales. La pregunta a hacerse es qué efecto tienen las corporaciones en el funcionamiento del Estado, si sostienen o sabotean su soberanía y qué rol juega el Estado en su expansión.

Algunos Estados, por ejemplo han abierto sus mercados a las fuerzas de la globalización neoliberal. Otros lo han hecho, pero con más mesura. ¿A qué obedece la diferencia de enfoques? La aplicación a ultranza de políticas neoliberales establecidas por el denominado *Consenso de Washington*, como vía de crecimiento económico es un mito que la realidad se ha encargado de refutar. En aquellos países en que tal apertura económica se dio de manera ortodoxa ejemplo, los países de América del Sur las consecuencias fueron desastrosas, mientras que los que operaron los cambios de manera gradual y controlada, como la India y China se describen hoy como milagros económicos.

David Held es uno de los principales críticos de tal ortodoxia. El dejar que los mercados solos resuelvan problemas de generación y distribución de recursos ignora las raíces profundas de muchas dificultades políticas y económicas. (Held, 2006) Por ejemplo las vastas asimetrías de opciones de vida dentro de y entre Estados naciones, la erosión de la riqueza económica de algunos países en sectores como la agricultura y los textiles, mientras que los mismos sectores disfrutaban de protección y ayuda en otros, el surgimiento de flujos financieros

que rápidamente pueden desestabilizar las economías nacionales, y el desarrollo de problemas transnacionales serios que involucran a los comunes globales.

Más aún, en tanto se hacen retroceder las fronteras de acción del Estado o se debilitan las capacidades de gobierno, se incrementa el alcance de las fuerzas del mercado y recortan servicios que han ofrecido protección a los más vulnerables, así las dificultades enfrentadas por los más pobres y los menos poderosos se ven exacerbadas. La libertad económica ha sido abanderada a expensas de la justicia social y la sostenibilidad ambiental, con daños a largo plazo para ambas. Se ha confundido libertad económica con efectividad económica.

Sin lugar a dudas existe una crisis de gobernabilidad y el asunto compete a las tres formas de la llamada división de poderes. La desregulación y el peligro de las transnacionales no solo atenta contra el poder del ejecutivo, se ramifica y expande como un cáncer por todo el cuerpo político de las naciones. Tanto las asambleas legislativas como los tribunales de justicia pueden formar parte de una maquinaria que asfixia al ciudadano en favor de las megaempresas.

Hay espacios políticos territoriales pero no hay un espacio económico territorial en la medida en que las medidas anti trust y antimonopolio son cada vez más tímidas. Los Estados y su funcionamiento tradicional, están pasando por un ciclo de obsolescencia. Las fronteras se desfiguran o desaparecen. Hablar de distancias parece una broma en un mundo plano. La identidad se conforma con ingredientes que van más allá del lugar de nacimiento.

Las fronteras territoriales pretenden demarcar una zona cuya población tome las decisiones que afectan su vida, pero las consecuencias de estas decisiones se extienden más allá de los confines nacionales (Held, 1997). Las implicaciones de este hecho son considerables para todas las ideas claves de la democracia, en especial para la del Estado- Nación como garante del bienestar de los derechos, las obligaciones y el bienestar de sus ciudadanos.

El Estado no cuenta con las facilidades que tenía antaño para seguir operando mediante categorías tradicionales de la democracia, por ejemplo soberanía casi ilimitada sobre su territorio, unificación normativa mediante grandes cotas de homogeneidad cultural o presencia de determinados procesos de legitimación y participación política. La consecuencia de tal crudeza en la competitividad global, es que los Estados compiten por contar con el beneficio de la inversión transnacional a toda costa.

Podemos referirnos a que se esa pérdida de autonomía, se deriva de lo que Vallespín (Vallespín, 2003) llama *complejidad organizada*, todo ese conjunto de nuevas formas de organización y vertebración de los procesos sociales que se desvían de la nítida separación entre Estado y sociedad y se expresan en fenómenos como: La necesidad de atender a un creciente número de sistemas de cooperación y negociación; la presencia de distintas lógicas de o criterios de racionalidad que dificultan la posibilidad del Estado de interferir en la lógica de los subsistemas a él subordinados; el pluralismo social y la corporativización de la sociedad; descentralización y fraccionamiento de los órganos estatales; presencia de otros actores y procesos como el flujo constante de capitales y trabajo así como la anarquía de las nuevas comunicaciones, etc.

Los únicos instrumentos para hacerle frente a esta situación es reajustando internamente la acción del gobierno o entrando en estrategias de cooperación con otros Estados, actores u organizaciones internacionales para proceder a una *gestión colectiva de las interdependencias globales* (Vallespín, 2003). Los Estados más pluralistas incluso en función de la integración requieren de la *sovereignty pooling*, es decir gestionar en común sectores de su soberanía para enfrentar los desafíos globales.

Hay una paradoja en el mundo contemporáneo, nunca antes se habían desarrollado tantos movimientos que invocaran en sus doctrinas la idea del *gobierno del pueblo*, pero ello ocurre en un momento que la idea misma de gobierno democrático está siendo cuestionada por los procesos agudos de interconexión global. En tal contexto de superposición de estructuras y políticas; locales, nacionales y globales, el destino de la democracia está en juego y es necesario repensar nuevos modelos de democracia en función de los cambios surgidos en la geopolítica.

Sobre lo que es válido reflexionar en este momento, más allá de las ideas y comentarios sobre el fin del poder, es cómo el Estado se ve obligado a gestionar situaciones que escapan a su control o para las que sencillamente no está preparado lo suficiente. Un buen ejemplo de esto lo tenemos en las declaraciones que Mark Zuckerberg CEO y fundador de Facebook hizo ante el Congreso norteamericano, respecto al incidente de la manipulación de los datos privados que hace la compañía y su impacto en las últimas elecciones presidenciales de 2016 en EE.UU. En tal audiencia se palpó con creces que el gobierno norteamericano y sus funcionarios, no sabían cómo lidiar con un

fenómeno radicalmente nuevo en su complejidad para ellos y que el mismo Zuckerberg sentía que escapaba de sus manos, aunque lo comprendiera a la perfección y se hubiera beneficiado de ello económicamente.

2.2 Globalización y Mercados vs Cultura e Identidad.

La globalización económica ha dado lugar a niveles de prosperidad sin precedentes en los países desarrollados, y ha sido de gran ayuda para cientos de millones de trabajadores pobres sobre todo de Asia, pero descansa sobre pilares inestables. A diferencia de los mercados nacionales, que suelen contar con el apoyo de instituciones políticas y reguladoras nacionales, los mercados globales están “débilmente integrados”. No existe una autoridad global en defensa de la competencia, ni una entidad crediticia global de último recurso, ni una agencia reguladora global, ni una red de seguridad global y, por supuesto, no existe democracia global. En resumen los mercados globales sufren una gobernanza débil y por tanto, son propensos a la inestabilidad, a la ineficiencia y a una débil legitimidad popular.

La globalización hace que las fronteras entre lo doméstico y lo foráneo sean difusas y permeables y se requieren nuevas nociones de lo que se llama espacio político. Una labor que haga a las transnacionales más transparentes y devuelva su poder a los estados nación tendría que empezar por regulaciones al libre mercado, pero ello no es suficiente para erradicar el problema.

Las corporaciones son vistas como el mal mejor identificable de la última era no solo por su poder económico, sino por su preeminencia social e incluso cultural en el imaginario de las sociedades actuales. El tono de las protestas

antiglobalización ha cambiado, se pasa de protestar por medidas concretas relacionadas con oficios o subsidios, a incluir elementos como el medio ambiente, la homogeneidad cultural o los derechos humanos.

Las críticas a la Globalización se caracterizan por cuatro premisas interrelacionadas.

1- El incremento dramático del poder de las multinacionales con respecto a los gobiernos nacionales y la sociedad civil. En consecuencia la globalización sus instituciones y el sistema económico internacional están estructurados para proteger y facilita las ganancias y el poder de las transnacionales.

2- El sistema global y las instituciones internacionales no son ni transparentes ni democráticas, esa pérdida de control y democracia ha resultado en un cambio del poder de los gobiernos nacionales al mercado e instituciones internacionales.

3- La desregulación y el neoliberalismo han extendido la mira y el poder del mercado hasta permear todos los aspectos de la vida social, cultural y política y los valores fuera del mercado hoy no significan nada.

4- La globalización implica una manera norteamericana de consumo lava cerebros que reduce la diversidad y la disponibilidad de productos locales y refuerza la homogenización. Una *mcdonalización* de la cultura, el mundo como McWorld (Ritzer, 2008)

Hay sin lugar a duda un sentimiento de un yo difuso o descompuesto a partir de la desfragmentación de la experiencia y un sentimiento de impasibilidad

ante la corriente globalizadora, un sentimiento de inestabilidad ante la participación política y por supuesto la desaparición o el oscurecimiento de cualquier ética. La tendencia creciente a un disfrute frenético por la obsesión de plenitud, el lo quiero todo y lo quiero ahora y por otro lado el florecimiento de pequeñas tribus que se disputan la primacía del nuevo milenio con una ética inexistente, son fenómenos innegables.

La pérdida de empleos es uno de los grandes desafíos de los próximos años. La automatización provoca que el trabajo humano sea sustituido por máquinas y condena a muchos al desempleo o a la emigración. Supuestamente esto también crea nuevas profesiones y nuevas empresas, en fin nuevos sectores de actividad. Pero no al ritmo necesario para la estabilidad de las sociedades que sufren los cambios, y sin que los gobiernos les brinden una alternativa coherente y duradera.

Quizás, el cambio cultural más importante de todos a partir de esas transformaciones, sea la erosión de la clase media que tiene lugar como consecuencia del desarrollo de la automatización y la inteligencia artificial. Hay una profusión de empleos en el sector de los servicios —como los de guardas de seguridad, camareros, peluqueros o trabajadores en hoteles— que nunca serán sustituidos por los ordenadores o por autómatas, ni tampoco se benefician de ellos.

Los empleos rutinarios manuales o intelectuales, en cambio, sí son sustituidos por la tecnología de la información ya sea con la inteligencia artificial o la robótica. Los magros salarios de los empleos que sobreviven a esta

dinámica de capitalismo flexible, condenan a la precariedad a esos otrora miembros de lo que ellos mismos consideraban la clase media.

Este fenómeno representa una grave amenaza a la clase media pero supone también una amenaza a la propia democracia. La estabilidad democrática se sustenta en una clase media próspera y con una visión clara de que el sistema es justo y conduce a la prosperidad. Los procesos globalizadores incluyen una segregación, separación y marginación social progresiva. (Bauman,2008)

La antigua noción que florecía en el siglo XX, sobre la que se construyó el espíritu del capitalismo y según la cual, el trabajo duro podía asegurarte una mejor vida y oportunidades para tus hijos en el futuro, se ha derrumbado como un castillo de naipes. El *trabajo duro*, ser un *buen tipo*, evitar los problemas y acatar la disciplina de la empresa, no garantiza que no te despidan o el cierre de la planta y su traslado a un país del Tercer Mundo. El sueño americano (global) de una familia de dos hijos, un auto, trabajo estable de ocho horas y vacaciones en el Caribe o en los Alpes Suizos se deshizo.

La militarización del tiempo social se está desintegrando. Hay ciertos hechos institucionales evidentes sobre los cuales se funda esta tesis. Uno de ellos es el final del empleo de por vida, junto con la rareza cada vez mayor de las carreras profesionales que se desarrollan íntegramente en una misma institución; otro, en el dominio público, es que las redes de asistencia y seguridad social gubernamentales son ahora más cortas y más imprevisibles. (Sennett, 2006)

Thomas Friedman defensor de la globalización, describe este *capitalismo flexible* como una posibilidad de cambio imprescindible y aún así suena a pesadilla o absurdo kafkiano "El sueño americano de ahora no es una meta, es un viaje de por vida, uno que se parece cada vez más a intentar subir unas escaleras mecánicas que están bajando. Puedes hacerlo. Todos lo hemos hecho de niños. Pero tienes que avanzar más rápidamente que las escaleras, lo que significa que has de trabajar más duro, reinventarte con regularidad, obtener al menos un tipo de educación postsecundaria, asegurarte de que sigues formándote de por vida y respetar las nuevas reglas del juego al tiempo que también reinventas algunas de ellas. Entonces podrás estar en la clase media." (Friedman, 2017)

Jóvenes esforzándose por escalar una ladera que se desliza en sentido contrario, les empuja hacia la base, el fracaso, el hambre, las deudas. Atrapados en el temor del que no consume, del *Loser*, especie de mito de Sísifo reinventado en el nuevo plató de la escalera mecánica. La cima es siempre endeble y angosta, es la meta que solo alcanzan unos pocos pisoteando la masa floja de los que se cansan o renuncian. Son las nuevas reglas del juego, las respetas o fracasas.

La estrategia económica de las megaempresas dirigida a minar la lucha de clases enfrenta a obreros de unos países con otros (Chomsky, 2016). Tal estrategia incluye manufacturar en instalaciones más baratas en el exterior y contar con importaciones desde fábricas desperdigadas por todo el mundo, en Brasil, Japón o Europa. Esto se facilita por las ganancias que se han vuelto extraordinarias, al tiempo que se diseña la política social para enriquecer a los

acaudalados; la contratación de "temporales", "autónomos" y "trabajadores de replazo permanente" en violación de los estándares internacionales del trabajo; y por supuesto con la complicidad del Estado. Esta estrategia persigue otro objetivo, el de evitar mayores conflictos cuando una de las plantas va a la huelga. Al tener la producción distribuida en más de un centro, que una de las plantas de producción se detenga, no evita que la compañía mantenga el mercado abastecido mientras duran los disturbios.

Esta lógica se asentó a partir de un largo proceso de desindicalización paulatina de la clase obrera. Esa desindicalización ha contribuido, en buena medida, a través de un debilitamiento de las herramientas y de los recursos de la crítica, a un cambio en la correlación de fuerzas entre empresarios y empleados en un sentido desfavorable para los segundos, facilitando el trabajo de reestructuración del capital. Pero la evolución del proceso de desindicalización no es independiente de las modificaciones en los mecanismos de obtención del beneficio por parte de las grandes empresas. Por el contrario, Los desplazamientos y reestructuraciones del capitalismo han tenido como resultado un fuerte debilitamiento de los sindicatos, por una parte de manera voluntaria y razonada, por otra, por una combinación de efectos perversos y de mala gestión sindical de las nuevas condiciones a las que había de enfrentarse (Boltansky y Chiapello, 2002).

El conjunto de esta evolución empobrecimiento de la población en edad activa, crecimiento regular del número de desempleados y de la precariedad en el trabajo, estancamiento o disminución de los sueldos, mientras crecen los impuestos y el costo de las necesidades básicas se traduce en la conmoción

económica en la que sobreviven los hogares hoy día. Tal situación sobre todo en las ciudades se traduce en el desarrollo de la violencia, dificultades de integración en comunidades de distinto origen étnico, aumento de la mendicidad y los llamados *sin techo*. Las situaciones extremas de desamparo acentúan el sentimiento de inseguridad de todos aquellos que se sienten privilegiados de al menos tener un trabajo estable, y que sienten constantemente amenazado.

El mundo contemporáneo se debate en una dinámica nacida entre dos tendencias opuestas, por un lado el poder que nace de los cambios tecnológicos que le facilitan el acceso a la información la comunicación y la acción militante y con los cuales el individuo descubre nuevos modos de participación en la vida cívica y política. Y del otro lado, ver como esos mismos cambios poderosos en la tecnología van cambiando la fisonomía del empleo y por ende de las sociedades.

Pero hay una profunda confusión e incertidumbre, porque al mismo tiempo la sociedad civil, los movimientos sociales se sienten excluidos de toda participación efectiva en los procesos reales de decisión tradicionales, se sienten privados de una voz y olvidados por los centros de poder. Padeciendo el riesgo de manipulación con información falsa o poco transparente y para colmo se implementan a diario instrumentos de vigilancia y control que socavan cualquier ética ciudadana.

Las redes sociales son el mejor ejemplo porque combinan un poco de todo esto, falsas ilusiones, información falsa, control y manipulación. En cierta medida definen eso que se hace, se piensa y las decisiones que se derivan de

ello. la forma en que redefinen la psicología y la disciplina corporal de sus consumidores, un entorno que asemeja otra vuelta de tuerca en la microfísica de poder foucaltiana.

Una pregunta que se hace constantemente al mundo de hoy es ¿Dónde está el valor? Ese valor que tenía un cuerpo definido en las fábricas, los objetos la mano de obra, valores tangibles y hoy con la aparición de Twitter y Facebook parecen perdidos. La revolución informática necesita una revolución política que contribuya a lidiar con un mundo profundamente desigual, estrictamente vigilado y guiado a un consumismo vulgar desde las matrices de los medios sociales. (Colin, 2012)

Internet es un proyecto político (Markoff, 2018) nunca antes los individuos habían tenido acceso tal poder de expresión y lidiado con tal número de nuevas libertades. Pero su contraparte es la renuncia a la privacidad y la entrega consentida de nuestra información, datos de futuro consumidor, a empresas que no sabemos qué uso puedan hacer de ella en un proceso que apenas comienza. Cómo proteger la privacidad si se cede libremente a Facebook los datos de nuestra vida, cómo garantizar la libertad de expresión si millones de blogueros improvisan la información y el periodismo vulgar, cómo proteger la ética y la libertad en un mundo insertado en un escenario moldeado por las transnacionales.

La contemporaneidad se expresa en el silencio y la soledad uno de los grandes costos de la globalización. Esa realidad de las revistas los anuncios de televisión el encanto bucólico e infantil del modelo de consumo tiene como trasfondo una profunda ansiedad. El mundo esparce inquietud, se llega a ser

antisocial en el período de mejores posibilidades de comunicación que conoce la humanidad. Ante la posibilidad de una realidad en que podrían ser motivo de unidad la preguntas que se hacen al porvenir se fundan en respuestas absurdas sobre la vida y su sentido.

El debilitamiento de las compañías como instituciones sociales va en paralelo al proceso de mercantilización del trabajo, que se ha convertido en un producto que se vende por piezas a las corporaciones. Las empresas han abandonado muchas de las responsabilidades que hacían que el mundo del trabajo resultara humanamente tolerable en el pasado. De hecho muchas empresas son instituciones virtuales. La economía global desespecializa a los individuos porque les vuelve irreconocibles el entorno en que viven y trabajan (Gray, 2000).

Es necesario un escape de la realidad por ello se prefiere vivir en los teléfonos que a la vez se convierten en una fuente profunda de alienación y control. En enero de 2015, el Boston Consulting Group publicó el estudio financiado por Qualcomm titulado *The Mobile Revolution: How Mobile Technologies Drive a Trillion-Dollar Impact*; entre las repercusiones que estudiaba, estaba la devoción de la gente por sus teléfonos móviles. Para examinar esto a fondo, el BCG encargó una encuesta que hizo la siguiente pregunta a gente en Estados Unidos, Alemania, Corea del Sur, Brasil, China y la India: ¿A cuáles de las siguientes cosas renunciaría durante un año, antes que renunciar al uso personal de su teléfono móvil? ¿Salir a cenar? El 60 por ciento dijo que renunciaría. ¿Tener una mascota? El 50 por ciento dijo que renunciaría a tenerla. ¿Irse de vacaciones? El 50 por ciento. ¿Un día de fiesta

a la semana? El 51 por ciento. ¿Ver a los amigos en persona? Un 45 por ciento estaba dispuesto a renunciar a ver a los amigos. Entonces se pusieron serios y preguntaron: ¿a qué renunciarías antes durante un año, a tu teléfono móvil o el sexo? El 38 por ciento de los que respondieron dijeron que renunciarían al sexo durante un año antes que renunciar a su teléfono móvil.

Las élites se encargan de disimular las carencias con la superficialidad plástica de lo fugaz y lo divertido. *Carpe diem* la locución de Horacio ha sido vendida a jóvenes a los que se les ha secuestrado el futuro y se les propone vivir como meros consumidores. No es pensado en el azar del mañana, en el desafío a la muerte que se glorifica la idea de vivir el momento, es negando cualquier alternativa en el hoy. No te aferres a ningún valor no te entregues a ninguna causa. Las élites minan las instituciones a través de las cuales el ciudadano sentía tener control real sobre la sociedad, como la democracia o los sindicatos y se sustituyen por ilusiones o modelos de vida vacíos y sin alternativas al consumismo.

Si el cinismo y el conservadurismo fueron las alternativas de muchos en generaciones precedentes, ante el fracaso de la Revolución que esperaban en los 60. Los más jóvenes se han topado con una madeja de desideologización que los condena a lo fragmentario al instante, al *like* en las redes sociales. Para los jóvenes todo es un escape y a veces la realidad se vuelve tan elusiva que solo les queda el escepticismo. No hay una posibilidad para ellos de aferrarse a una autoridad o establecer una jerarquía entre la espesa capa de vulgaridad que hace tabla rasa y equipara al mismo nivel los valores más exquisitos, con los de corte más soez, ya sean estéticos o éticos.

Ese deseo de tenerlo todo contrasta con la profunda soledad y atomización del mundo. En ciclos cada vez más cortos de innovación y con menos tiempo para aprender a adaptarse la sensación de desestabilización se hace perenne. La estabilidad no es algo con lo que se pueda vivir a largo plazo, la idea es moverse constantemente como recuerda uno de los entrevistados de Richard Sennett en la *Corrosión del Carácter* lo importante es moverse (Sennett, 2000).

La globalización es muy agresiva en su dimensión cultural, no permite posibilidades reales de adaptarse a cambios, que se suceden mucho más rápido de lo que avanza nuestra capacidad de comprensión. Por otra parte cuestiona a las personas en sus identidades, sus valores, su ideología y su experiencia vital, lo que genera una sensación perenne de inseguridad.

Es innegable que promoviendo la comercialización de la cultura es decir su costado mercantil, se labra su futuro a una estandarización, a la homogeneidad del consumo de bienes culturales que adoptan la lógica de cualquier mercancía mientras mayor promoción, mejor venta.

El triunfo del mercado, en efecto no es solo económico es también cultural, se ha convertido en el esquema estructurador de la mayor parte de nuestras organizaciones, en el modelo general de las actividades y de la vida en sociedad. Ha conquistado el imaginario colectivo e individual, las formas de pensamiento, los objetivos de la existencia, la relación con la cultura, el deporte, el arte y la educación. Tal modelo se instaura como cultura global sin fronteras, un sistema de referencia dominante para el individuo de vivir, verse y proyectarse (Lipovetsky y Juvin, 2011).

Los avances del llamado multiculturalismo vertiente progresista del pensamiento postmoderno, esconden el acceso a un modelo de diversidad que resulta en cierto modo complaciente con el sistema. La renuncia a la lucha de clases, en función de defender valores identitarios sean de etnia, género, o preferencia estética aunque representen progresos para los implicados, son mucho más útiles para la expansión del liberalismo. Por regla general tales movimientos contribuyen a demonizar la figura del Estado y exigir su debilitamiento.

3 Nacionalismo y Populismo. La Cuarta Teoría

3.1 Nacionalismo y Populismo a izquierda y derecha.

La crisis de 2008 resultado de una lógica económica irracional y que muchos consideran la más perturbadora crisis desde *el Crack de 1929* , ha hecho madurar en el seno de las sociedades más abiertas la semilla del odio y el nacionalismo de espíritu xenófobo. Las consecuencias de ello empiezan a palpase a diario en las noticias de cualquier rincón del mundo con titulares que pueden provocar desde consternación y enojo, hasta la sonrisa amarga después de descubrir un sinsentido ¿Qué debe interpretarse de la profunda polarización de las sociedades de hoy y el rechazo a instituciones que parecían eternas y eximidas de cualquier cuestionamiento?

Uno de los mayores motivos de descontento estuvo asociado al accionar de los Estados nacionales, respecto a los causantes de la misma crisis (Rodrik, 2011) ¿Cuántas veces hemos oído estas o similares afirmaciones que anuncian o denuncian el amanecer de una nueva era de gobierno global? Y a pesar de ello, observemos cómo se han desarrollado los acontecimientos en la reciente crisis de 2007-2008. ¿Quién ha rescatado los bancos globales para evitar que la crisis financiera llegara a ser un cataclismo todavía mayor? ¿Quién ha inyectado la liquidez necesaria para calmar a los mercados de crédito internacionales? ¿Quién ha estimulado la economía global a través de una expansión fiscal? ¿Quién está fijando las nuevas normas sobre compensación, adecuación del capital y liquidez para los grandes bancos? La respuesta a cada una de estas preguntas es la misma: *gobiernos nacionales*. Tal vez pensemos que vivimos en un mundo cuyo gobierno ha sido

transformado radicalmente por la globalización, pero la responsabilidad última sigue siendo de los responsables políticos nacionales.

En el último decenio tras la crisis se percibe con más fuerza una ola creciente de rechazo a la globalización neoliberal y a la subordinación del Estado a la lógica del mercado. Tal rechazo ha encontrado su máxima expresión en gobiernos que destacan por su nacionalismo, etnocentrismo e incluso por expresiones xenófobas o abiertamente racistas. Tales prejuicios suelen venir aparejados a dos actitudes una de abierto rechazo a la política tradicional en especial a su versión liberal y la otra en concordancia, por un rechazo abierto al modelo de intercambio asentado en la lógica neoliberal.

Es decir hablamos de un movimiento abierto o solapado pero que se incrementa, en contra de las políticas neoliberales y sus consecuencias. Hay un porcentaje cada vez mayor de la población mundial que considera que el intercambio económico generado en la estructura de la globalización neoliberal los desfavorece. Ese descontento los lleva a favorecer opciones políticas que minan tales estructuras. En Europa pero también en América y Asia se aprecia entre los electores el consenso alrededor de propuestas políticas bien radicales en ese sentido. Y si bien hay alternativas a la derecha y a la izquierda del espectro político, las fuerzas de la derecha se han visto favorecidas al menos en las urnas.

La globalización es enemiga de lo local y en tal sentido ataca directamente a los vínculos entre identidad y política, esos pilares o tres modos de la justificación política en el mundo moderno a los que se refiere el filósofo

Charles Taylor (Taylor, 2006): el bien común, los derechos y la autonomía política.

Los modos de pensamiento nacionalistas forman parte de los tres pilares y expresan el deseo que tienen las naciones de transformarse en estados soberanos. El nacionalismo xenófobo deviene entonces la alternativa extrema al resquebrajamiento de esos tres pilares sobre los que descansa el accionar político en la modernidad.

El enemigo, ese otro que viene de fuera se convierte en alguien fundamental para afianzar la identidad, porque primero asume bien el rol de chivo expiatorio del desempleo y la criminalidad, segundo es un buen baremo en la delimitación y valoración de la escala de valores occidentales y por último permite incitar y canalizar la ira colectiva con relativa facilidad.

Es conveniente partir de lo dicho por Isaiah Berlin (1996): El nacionalismo había sido visto como una fase pasajera de la evolución de los hombres en tanto que seres sociales. La idea era que más que una ideología o proyecto político, el nacionalismo era la expresión de “la necesidad de pertenecer a un grupo fácilmente identificable, un requerimiento natural por parte de los seres humanos: familias, clanes, tribus, estamentos, órdenes sociales, clases, organizaciones religiosas, partidos políticos y, finalmente, naciones y Estados, eran las formas históricas para la satisfacción de esta básica necesidad humana.

Según Berlin, tres son los rasgos que caracterizan el nacionalismo político, en primer lugar, la convicción de que el carácter del individuo está determinado

por la pertenencia al grupo y no puede ser comprendido sin él, de que los valores y propósitos del individuo están definidos por la pertenencia a un territorio, a unas costumbres, a unas leyes, a una lengua o a alguna religión, al parentesco o a las características raciales. En segundo, la comprensión de la nación como un organismo biológico cuyas metas y valores son supremos y, en caso de conflicto con otros valores (intelectuales o religiosos, personales o universales), deben prevalecer, “dado que sólo así la decadencia y la ruina de la nación será evitada”. En tercer lugar, concede valor a lo propio simplemente porque es propio, porque son valores de mi nación, de donde he nacido, no porque “conduzcan a la virtud o a la felicidad o a la justicia o a la libertad, o sean ordenados por Dios o la iglesia o el príncipe o el parlamento o alguna otra autoridad universalmente reconocida, o sean buenos o correctos en sí mismos, y por tanto válidos por su propio derecho para legitimar mi identidad.

Al decir de Taquieff, el Nacionalismo se trata menos en nuestros días de un nacionalismo ideologizado y asumido en tanto que doctrina, que uno de actitud y de comportamiento que es en esencia xenófobo, temeroso de la inmigración o al menos de un tipo de inmigración, es la consecuencia del empañamiento a ojos de muchos del sueño europeísta o al menos del debilitamiento de sus atractivos. Los excluidos de la globalización están particularmente expuestos al resentimiento con respecto a los otros. Este estado de cosas puede ser manipulado por demagogos que saben pescar en aguas revueltas. (Taquieff, 2015)

El nacionalismo es también hijo de la desconfianza y eso es delicado porque la confianza es un mecanismo de reducción de la complejidad social. Una

sociedad que desconfía lleva en su germen elementos de tensión que suelen explotar en la búsqueda de una identidad fuerte que alivie las preguntas que el ser humano se hace sobre sí mismo. Frente a la globalización corrosiva, el circo de la política y la crisis económica el asidero de la identidad colectiva de un grupo o nación representa una balsa de estabilidad.

El peligro más grande al que se enfrenta Europa no es, como argumentan muchos agoreros paranoicos, el ascenso de un nuevo fascismo violento y racista que de hecho existe aunque sigue siendo minoritario. El peligro más grande es la creciente tendencia a renunciar a la idea de Europa como comunidad. El nacionalismo es una guerra declarada contra la esperanza de Europa unida y sin fronteras.

El diálogo de sordos entre ciudadanía y élites de poder se puede transformar (de hecho lo hace ejemplo de ello es Emmanuel Macron vs Gilets Jaunes) en hostilidad mutua. Hostilidad que además puede verse agravada por muchos factores, la banalización de los medios de difusión, la inseguridad social, la incertidumbre ante el futuro y a ellos hay que agregar el arribo de los inmigrantes ilegales que llegan regularmente a las fronteras de los países más ricos. Un espectáculo que suele ser televisado y sucede ante la impotencia de gobiernos que no saben cómo reaccionar.

(Taquieff, 2015) El ciudadano ordinario tiende a sentirse estafado u olvidado por las élites políticas que habitan un universo separado y les han confiscado la democracia. Se siente víctima no solo de estados fallidos, también de la globalización, la inmigración y las élites que se llevan los empleos al otro lado del mundo. En la interacción de esas fuerzas hay que buscar el factor

psicosocial que motiva el voto populista. Tal resentimiento se traduce en rechazo y acciones más o menos formales contra las élites antiguas y en un giro al populismo. El factor cultural se enlaza con el cuestionamiento a actos tan elementales como pagar los impuestos o ejercer el voto a favor de los partidos tradicionales.

Al decir de Edward Shils la línea de demarcación realmente determinante en política se sitúa entre la moderación pluralista y el extremismo monomaniaco (Shils, 1976). Es decir que en política los límites de la tolerancia suelen alterarse en situaciones críticas, y a partir de ello ser mejor demarcados de lo que parece. Para explicar la intensificación de las representaciones y los afectos nacionalistas, en situaciones de excepción marcadas por la convicción de que una amenaza pende sobre la comunidad nacional, es necesario partir de las reacciones de autodefensa engendradas por las heridas al amor propio, o los sentimientos de humillación que alimentan indistintamente resentimientos deseos de venganza y voluntad de revancha.

El deseo identitario se exagera cuando desaparecen sus asideros sociales naturales. En las naciones contemporáneas dónde las élites son convertidas a la sacrosanta democracia liberal cosmopolita, la oferta de alimentos físicos identitarios es monopolizada por los líderes nacional populistas o por los predicadores fundamentalistas.

En Europa y los EE.UU el rechazo de la inmigración ha devenido la forma normal y dominante adoptada por la xenofobia. Y las posiciones hostiles a la inmigración son mayoritarias en la opinión de gran parte de los partidos denominados de ultraderecha. En la divisa de los partidos de corte xenófobo

nacionalista el inmigrante se convierte en el mayor peligro para el progreso nacional y la defensa de una identidad.

Una parte amplia de la sociedad siente como una amenaza a la composición, las costumbres y las tradiciones de su país que va quedando atrás. El arribo de culturas y modos de vida diferentes que invaden sus referentes, ya sea por flujos migratorios o por fenómenos asociados a la globalización cultural, es asumido como una amenaza.

El multiculturalismo y la corrección política han permitido a distintos grupos e instituciones llevar la lucha por la igualdad ante la ley y contra la discriminación a un espacio, donde se han entremezclado con algo que un amplio segmento de la sociedad teme. Esta pulsación late con fuerza en sectores económicamente disminuidos y con menos formación educativa, pero no es exclusiva de ellos: también está en una franja de la élite a la que estos cambios alarman desde hace algún tiempo.

En un buen por ciento de la opinión pública europea se asume que hay demasiados inmigrantes y no solo se ataca ese peligro como un obstáculo para la clase trabajadora en la consecución de un empleo, más bien como una amenaza a la cultura. Muchos miembros de los países europeos sienten que su país ya no es el mismo y apelan en su xenofobia a una nostalgia identitaria puesta en peligro por la inmigración y sus referentes cultural-religiosos.

Esa opinión mayoritaria es la que respalda el nacionalismo de derecha de gobiernos como el de Orban en Hungría, Salvini en Italia, los partidos de Le Pen en Francia o Christian Strache en Austria. Un caso interesante es el de los

EE.UU. Una parte de los ciudadanos norteamericanos vieron en el gobierno de Barack Obama la confirmación definitiva de que habían perdido su país. Otra parte lo vio, más bien, como la posibilidad de poner fin a la amenaza multiculturalista en la medida en que la llegada a la cumbre de una familia afroamericana implicaba cerrar la herida histórica de la esclavitud y de la discriminación racial.

Esa visión contrapuesta a ambos lados del espectro generó un estado de miedo y alarma entre los votantes de centro derecha. Quienes ya veían con malos ojos la retórica pro black y pro inmigrante del gobierno de Obama, sumada a un discurso que lo identificaba con la élite política liberal que tanto desprecian (desprecio que Donald Trump ha sabido aprovechar) y para rematar la posibilidad de que su sucesora en el poder fuera Hillary Clinton una mujer, comenzaron a generar un estado tóxico de miedo y alarma. La hora de las minorías había llegado para temor de los WASP (white anglo-saxon protestant)

Cuando una autoestima fuerte se combina con la sensación de amenaza, la consecuencia es el incremento del odio. Se crea una tensión natural entre esa identidad que se reafirma y el peligro supuesto o real que la acecha.

Eso que hoy se llama populismo no es más que la diferencia entre la oferta política y la demanda popular que deviene cada vez más grande. Las élites no encaran los problemas reales que abruman a la sociedad y la frustración respecto a la democracia liberal deviene muy fuerte. Si un partido o líder político en tal contexto de desconfianza y de crisis sacude los temores de la sociedad con algo de eficacia tiene una amplia base de seguidores garantizada.

El renacer del populismo es a la vez el renacer de un rechazo al liberalismo democrático globalizado. Una vuelta a eso que podemos llamar la tiranía de la mayoría, una masa desencantada y espoleada por el resentimiento y el espíritu de venganza. Apelar al criterio de esa mayoría es suficiente para aplastar la voz de cualquier oposición en minoría.

El populismo en lugar de constituirse en salvador, suele arruinar económicamente a los países, las políticas dirigidas a contentar a la base electoral a cualquier costo suelen terminar provocando la caída abrupta de las reservas del país. Sin menospreciar el impacto de la casta burocrática y corrupta que la gran mayoría de estos gobiernos generan en muchas de sus versiones, algo destacable en las versiones latinoamericanas del fenómeno. Luego de un breve período en el que las políticas demagógicas seducen al grueso de su población con una aparente bonanza suelen sobrevenir períodos de crisis. Los populismos también desnaturalizan la democracia al recurrir en muchas ocasiones a la satanización de sus adversarios y a intentos desesperados de perpetuación en el poder.

A pesar de una muy antigua tradición, el populismo nunca alcanzó la magnitud que ostenta hoy en el mundo. Una de las dificultades mayores para combatirlo es que apela a los instintos más acendrados en los seres humanos, el espíritu tribal, la desconfianza y el miedo al otro, al que es de raza, lengua o religión distintas, la xenofobia, el patriotismo, la ignorancia. En sociedades que experimentan cualquier crisis o situación imprevista, el populismo echa raíces con facilidad.

El populismo xenófobo de Europa no llega aún a los extremos del fascismo previo a la Segunda Guerra Mundial es cierto. Pero la receta que propone caldeada en un grupo de prejuicios tradicionales, es una fuente de división que exagera y encona a las sociedades que se creía más solidarias y democráticas.

Sigue siendo un término difuso, problemático porque en su conjunto las propuestas populistas difieren mucho incluso en variantes distintas de la misma corriente política ya sea a derecha o a izquierda.

En Europa misma hay populismos de distinto pelaje ideológico. El de la izquierda, resurgido con indignación tras la crisis financiera de 2008 y expresado, por ejemplo, en Podemos en España, Syriza en Grecia o Bloco de Esquerda en Portugal, tiene mucho en común con el tercermundismo latinoamericano de Venezuela o Bolivia.

Pero el de la derecha —por ejemplo el Frente Nacional en Francia, el Partido de la Libertad en Holanda o los Finlandeses Auténticos en Finlandia— tiende a ser más nacionalista y xenófobo. El UKIP británico adopta algunas ideas liberales en temas económicos junto a otras nacionalistas, mientras que el gobierno de Viktor Orbán en Hungría es corporativista también en economía y cree que el Estado debe corregir el mercado a partir de una moralidad cristiana (Vargas Llosa, 2018).

Resultan llamativas las diferencias notables entre países en cuanto a situación económica y social, pese a ello subsiste la apuesta por el populismo de derecha. Muchos de los países antes mencionados son económicamente

prósperos y no conocen graves conflictos sociales, mientras otros se ven fuertemente afectados por el desempleo, el déficit y el endeudamiento. El giro a la extrema derecha no puede ser explicado solo con factores económicos, elementos como la ansiedad cultural y la soberanía nacional son centrales.

El populismo es ideológicamente elástico, proteico. El populismo a lo que aspira es a sobrevivir extender su poder y mantenerse vivo. El populismo es una ideología que enfrenta a un pueblo virtuoso y homogéneo contra un conjunto de élites y “otros” colectivos peligrosos a los que acusa de arrebatar los derechos, los valores, la prosperidad o la voz que le corresponden a ese pueblo soberano (Albertazzi y McDonell, 2008).

Hoy quizás en las sociedades europeas el conflicto más allá de izquierda o derecha, es entre las élites que deben proteger la democracia y la gente en cólera que han devenido más hostiles al liberalismo y al pluralismo con la dosis de paciencia y tolerancia que ello implica. Como recuerda Raymond Aron, Si decimos que la democracia es la soberanía del pueblo habrá al menos dos palabras oscuras en esa definición la palabra soberanía y la palabra pueblo. (Aron, 1997). El populismo juega de manera constante la carta de hablar en nombre del pueblo pero tal idea es solo un atajo para emprenderla en nombre de este con alguna minoría.

De hecho contra esos encargados de definir, conceptualizar, los intelectuales y científicos, se convierten a su vez en blancos de la desconfianza. Tanto los miembros de la academia, como los representantes de los medios son considerados ineptos o corruptos y el oportunismo de algunos

políticos se hace latente (Donald Trump vs los medios y su ya *viral* termino de *fake news* para referirse a los medios progresistas).

El mismo Trump aportó una combinación extraña: la reacción *blanca* contra el multiculturalismo y, al mismo tiempo, un credo en materias económicas parcialmente de izquierda (en el espectro estadounidense), favorable al proteccionismo comercial, laboral y de otras índoles, y al intervencionismo en asuntos, por ejemplo, como los precios de las medicinas. (Vargas Llosa, 2018)

Eso que no había hecho la derecha conservadora y que sólo una derecha marginal en el mundo de las élites había profesado, él lo asumió y propugnó tempestuosamente: el maridaje del nacionalismo cultural de derecha con el nacionalismo económico de izquierda, amalgama y confusión muy propias del populismo. No es extraño, pues, que ocurriera en Estados Unidos algo similar a lo sucedido, por ejemplo, bajo el gobierno de Ley y Justicia en Polonia o, en un caso más extremo, bajo el liderazgo de los Le Pen en el Frente Nacional en Francia: la captura de un antiguo voto de izquierda en la base social y su fusión con un voto de derecha más tradicional.

No sólo no existe una convergencia cultural en principios políticos, sino que Occidente ha pasado a verse como una cultura más y, por tanto, y esto es lo fascinante del momento histórico en que vivimos, necesitada de protección. Hasta ahora su «soberanía cultural» parecía garantizada. Pero la actual «desoccidentalización del mundo» coincide curiosamente con una «renacionalización de Occidente».

La defensa de lo propio no se hace ya en nombre de los grandes valores cosmopolitas de la Ilustración, sino mediante la afirmación de las *identidades* culturales *nacionales*. Como es obvio, cada país siempre ha defendido sus *intereses* nacionales, tanto en Occidente como en otros lugares, pero esta defensa se solía superponer a la de los rasgos más característicos de la cultura común. Cuando Marine Le Pen advierte de la necesidad de emprender un *choix de civilisation* en Francia, lo hace contra el islam, pero también frente al europeísmo y cosmopolitismo liberal o socialdemócrata (Vallespín y Bascuñan, 2017). Tratar de explicar el ascenso de los populismos solo a partir del elemento económico, obviando lo cultural y estableciendo una fórmula simple para su delimitación solo lograría reproducir una caricatura del fenómeno.

3.2 La Cuarta Teoría, Rusia.

Un coctel de ciudades favorecidas por la Globalización, un campo arruinado con decenas alcohólicos y muchas de sus comunidades con tendencia a la desaparición; bajo la mirada de un Estado inepto que no ofrecía alternativas más que a las élites de la antigua *nomenklatura* soviética. Tal fue el fundamento de una pléyade de movimientos y partidos contrarios al capitalismo liberal en Rusia. Por lo general los más brillantes miembros de la intelectualidad rusa se sienten incómodos con la vulgaridad del liberalismo.¹

Aleksandr Dugin uno de esos intelectuales rebeldes, es descrito en *Limonov* la novela biográfica sobre un poeta ruso de Emmanuel Carrere como un delicado ogro fascista, principal ideólogo del Partido *Nasbol* (Nacional

¹ Aleksandr Solzhenitsyn, uno de los mayores novelistas rusos y crítico del régimen soviético también lo fue con la bacanal capitalista de los años 90.

Bolchevique), capaz de beber cantidades ingentes de vodka, leerlo todo y hablar en más de ocho lenguas. Tras sus experiencias románticas de juventud en el *Nasbol*, ahora Dugin no solo es una figura política reconocida, es un académico Director del departamento de Sociología de la Universidad de Moscú, autor de más de 60 títulos principal teórico del Eurasismo y de la Cuarta Teoría Política. Aleksandr Dugin es también, para muchos autores, el ideólogo detrás de la política exterior de la Rusia actual, así como uno de los asesores en geopolítica del alto mando del ejército ruso. Los estudiosos de la geopolítica Euroasista lo consideran el cerebro tras la ideología que ostenta no solo Putin si no también sus émulos popular nacionalistas del resto del mundo.

El y Steve Bannon, del que se dice admirador, han construido un sistema que Dugin denomina *La Cuarta Teoría*, una estrategia que pretende sepultar la democracia liberal y convertirse en la alternativa a las otras dos vías políticas, de mayor preponderancia el socialismo y el fascismo. Su apoyo a Vladimir Putin se debe según sus propias palabras a un factor sencillo: Putin es un patriota, es un conservador, es realista y no es comunista. Lo cual, de manera general, se corresponde con mis ideales.

Dugin comienza su libro *La Cuarta Teoría Política*, refiriéndose al proceso globalizador como una invitación al no ser. Es decir renunciar a autodefinirte para ser sacrificado en la estandarización que propone la postmodernidad que impide que los seres humanos se construyan a sí mismos. *La Cuarta Teoría* es una llamada a una insurrección radical contra el mundo moderno, negar su lógica, sus normas. La modernidad no puede ser entendida como el triunfo del

liberalismo, esa alternativa ya está agotada, es necesario proponer nuevas(Duguin, 2008).

Se trata de un rechazo al liberalismo decadente que lidera un orden mundial americanocéntrico, fundador del *planeter idiotismus*, ese hombre de la globalización que pierde del todo las raíces de su ser. Por otro lado propone el derrocamiento de su hegemonía liberal y la conformación de sociedades que operen según sus tradiciones.

El liberalismo se propone minimizar la política hasta hacerla desaparecer. Su propia debilidad le impide vertebrar una alternativa, es un modelo de sociedad agotado. La crisis política de Occidente no es crisis, es ausencia.

Para avanzar en su propuesta de *La Cuarta Teoría*, Duguin propone cinco ejes (Duguin, 2008):

1- Modificar la interpretación de la historia política de los últimos siglos, adoptando nuevos puntos de vista.

2- Darse cuenta de la de la estructura profunda de la sociedad global que aparece ante nuestros ojos.

3-Descifrar el paradigma de la era postmoderna

4- Aprender a no oponerse a una idea política, a un programa o a una estrategia, sino al estado de las cosas "objetivo".

5- Por último proponer un modelo político independiente proponiendo un camino y un proyecto en un mundo de callejones sin salida y de infinito reciclaje de las mismas cosas.

El mismo se dice deudor de dos ideologías que se acercan a su Cuarta Teoría, el Nacional-Bolchevismo y el Eurasianismo. Su teoría no se ofrece como un credo cerrado es una invitación a la creación política, a la exposición de intuiciones, en esencia una reinterpretación del pasado. Tiene además un gran valor práctico por la ansiedad que genera la pérdida de identidad generada por la integración en la comunidad mundial y la ausencia de alternativas al liberalismo, si este es negativo un retorno a las ideologías no liberales del siglo XX dígase, el comunismo o el fascismo no representan una opción.

Para la Cuarta Teoría de Duguin, el liberalismo es una ideología no menos elaborada que el marxismo pero cuenta con ciertas ventajas que le ofrecen la posibilidad de salir victorioso en la guerra ideológica. El sujeto del comunismo era la clase, el del fascismo era el estado o la raza, para el liberalismo es el individuo liberado de cualquier tipo de identidad colectiva, de toda pertenencia. El individuo es la norma de todos los valores de la humanidad es surgimiento de eso que llamamos una conciencia global y la postmodernidad, lo ha hecho aún más fácil.

El mundo necesita una alternativa a un mundo global gobernado esencialmente por leyes económicas, en que las decisiones políticas son sustituidas por decisiones, técnicas. El liberalismo como doctrina ha logrado no el fin de las ideologías, algo absurdo pero ha conquistado el sentido común de

una manera que parece absurdo confrontar sus postulados. La Cuarta Teoría es un proyecto cruzada contra la postmodernidad, la sociedad post industrial, el proyecto liberal realizado en la práctica.

En la ideología de Duguin se mezclan varios conceptos que lo hacen bastante heterodoxo y creativo. "Yo me oponía al capitalismo, al liberalismo, a la globalización, pues entiendo que son formas perversas y decadentes de civilización. Pero también me oponía al comunismo, debido a su interés materialista y su doctrina ateísta. No era solo yo. Muchos comunistas conservadores de los 80 y 90 compartían la misma visión. El socialismo era un factor positivo, como lo era también la organización orgánica, natural, precomunista, de la Unión Soviética. Y esa organización y esos valores sociales debían ser salvados, siempre y cuando, como decía, elimináramos el dogma materialista, ateo y progresista de la ideología soviética."² Defensa del socialismo y religión sumados a la asunción de valores conservadores y la concepción de Rusia más que como nación como Imperio.

La Cuarta Teoría asume al liberalismo como la verdadera dictadura en el mundo contemporáneo, por ello no reniega de la opción populista o el establecimiento de una cúpula partidista poderosa, estilo China. Del caso chino exalta su mesura al introducir los cambios económicos pertinentes, sin arriesgar su identidad, ni repetir los mismos errores vulgares de la Rusia post soviética de Yeltsin.

² Entrevista a Aleksander Duguin publicada en Hypermedia
<https://www.hypermediamagazine.com/columnistas/set-point/miguel-diaz-canel-cuba-rusia-eurasia/>

Duguin aplaude lo que pasa con el gobierno de Trump en especial la figura del antiguo asesor presidencial Steve Bannon."Mi apoyo es sobre todo a Bannon. Él es un tradicionalista. Un tradicionalista que ha leído a Evole, a Guenon, a Martin Heidegger. Y esto no es frecuente dentro de la élite política norteamericana. El hecho de que Bannon, siendo un político estadounidense, haya leído a estos autores, constituye ya una revolución intelectual, una forma de superación de todos los límites del liberalismo americano. Yo veo en Steve Bannon, sobre todo, la figura del hombre heroico, del intelectual heroico, capaz de superar los límites de lo políticamente correcto. Unos límites muy propios de los Estados Unidos."³ Un cierto aroma nietzscheano en tal piropo, Duguin se reconoce en una especie de alma gemela norteamericana, incluso reconoce que ambos abogaron al unísono por la unificación de los populistas de izquierda y de derecha en Italia.

La Cuarta Teoría representa una de las alternativas más preocupantes en cuanto se corresponde con una visión mesiánica del imperio ruso y si bien defiende la cultura y los valores locales lo hace desde un chovinismo y unas exaltadas nociones imperiales, que no debieran convertirse en una opción para la política en el siglo XXI.

³ Ídem.

CONCLUSIONES

Dice Bernard Crick (2003) que uno de los grandes riesgos que corren los hombres libres, es aburrirse de las verdades establecidas. El respeto por la política democrática como antigua verdad establecida para aliviar la vida de los menos favorecidos y dotar a la sociedad de un marco de justicia imprescindible para su funcionamiento y prosperidad se ha roto. La desconfianza del liberal hacia el Estado suele conducirle a no prestar atención al sector público, esa negligencia provoca inevitablemente que la población desconfíe y se oponga al sistema en su conjunto.

Las personas desconfían de un sistema que se esfuerza por romper todos sus lazos con la construcción de una experiencia efectiva. La rebelión contra esa supuesta irreversibilidad de los cambios asociados a la Globalización se cobra su primera víctima en el funcionamiento de la democracia.

Es necesario renunciar a la ortodoxia mítica del mercado como garante de todo bienestar. Un modelo económico que además premia a aquellos que causan sufrimiento a escala global sean banco u organizaciones financieras. La indignación que sienten millones de personas en el mundo fructifica en la asunción de las élites como enemigos porque lo son. Un enemigo que no solo desnaturaliza la forma en que viven, además les conduce a la pérdida de cualquier asidero ético o identitario.

La Globalización implanta este nuevo modelo de capitalismo, en que las pérdidas se socializan y las utilidades se privatizan, los gobiernos y políticas que acepten esa lógica está condenados al fracaso. Los incentivos se

distorsionan y no hay disciplina de mercado. Los bancos “demasiado grandes como para ser reestructurados” saben que pueden apostar con impunidad y, con un estado que pone los fondos a su disposición.

Pasamos de un socialismo en que el estado se ocupaba y le preocupaban las personas comunes y corrientes, a uno en que los que reciben ayuda son los más ricos ya sea con facilidades tributarias o socializando sus deudas. Mientras que los estados tras la crisis de 2008 han sido tímidos para brindar ayuda a la gente, que por ejemplo perdía sus casas. No ha dudado en rescatar los puestos de de ejecutivos bancarios que fueron el origen de la crisis misma.

Por ejemplo el estado occidental ha ampliado su red de seguridad para las corporaciones de una manera sin precedentes, desde los bancos comerciales a los bancos de inversión, luego a los seguros y tras ellos a la industria automotriz, sin que esté a la vista dónde se detendrá. Hablamos de la ampliación de una prolongada política de Estado de bienestar para las corporaciones. No hay evidencias de que estos mastodontes conlleven beneficios para la sociedad que sean proporcionales a los costos que han generado. Los bancos y las corporaciones tienen demasiado poder político a su favor. Los ricos y los poderosos recurren al gobierno para que los ayude siempre que pueden, mientras que las personas en situación de necesidad reciben poca protección social (Stiglitz, 2002).

"Todos los años, desde hace más de una década, los consumidores eléctricos españoles pagan con su recibo de luz unas ayudas millonarias a la gran industria. Y este año los clientes van a pagar a las grandes fábricas menos que nunca, a pesar de las quejas de las compañías industriales sobre el

alto coste de la energía que soportan y pese a sus amenazas de cierres de plantas o de recortes de producción por falta de rentabilidad."⁴ Este es el primer párrafo de una noticia de la prensa española. Lo extraordinario en ella no es que los consumidores paguen por el gasto de las compañías, eso pasa en el mundo entero, lo novedoso es que el gobierno no piensa seguir permitiéndolo.

El corazón de la política no puede ser la mercadotecnia. El destino de una nación o estado no deben descansar en manos de un grupo de tecnócratas que se acojan el derecho de hacer ajustes en pos de un crecimiento que solo beneficia a un por ciento ínfimo, mientras margina y condena a la precariedad al resto. Si la política también se traduce en mercado de consumo, la democracia desaparece. Provoca pavor observar como los políticos se ofrecen como un producto apetecible y cada vez importa menos aquello que dicen o proponen y más lo bien que manejen la publicidad o las redes sociales

Más que una preocupación sobre el ascenso de populismos de corte fascista, la prensa y la academia debería dirigir sus esfuerzos a entender la vida de los seguidores de tales movimientos y partidos. La apatía de los gobiernos respecto a la situación en que se encuentran muchos de los marginados por el proceso globalizador debe ser revertida con nuevos instrumentos políticos que sin renunciar a la democracia permitan dar soluciones reales a los problemas de millones de personas cuyo resentimiento puede ser manipulado.

⁴ <https://www.elindependiente.com/economia/2019/06/21/gobierno-logra-desplome-las-ayudas-la-industria-se-cargan-recibo-luz/>

Es curioso como la derecha populista, sí ha sabido crear nuevas herramientas a su favor tomadas de un proceso del que se dice enemiga. El trabajo de cohesión, propaganda y movilización que desarrollan a través de las redes sociales, es una de las lecciones de gestionar la política a su favor más interesantes del nuevo siglo. Lo sucedido en Reino Unido con el Brexit y el escándalo de la manipulación de Cambridge Analytica, que tuvo a un joven gay de poco más de 20 años como cerebro de la operación, es solo un indicio de lo mucho que ha logrado una derecha que sabe manejar muy bien la verdad a medias y los datos falsos en función de controlar a futuros votantes.

Salvini en Italia Y Trump en EE.UU son el paradigma de este nuevo tipo de político que asumen su carrera como una gran apuesta por la venta vulgar de su imagen. Perfil esculpido en la defensa de lo políticamente incorrecto que los escinde de los políticos tradicionales y los acerca a su amplia masa de seguidores. Su idea es a veces sencilla ser omnipresentes en los medios, la razón es secundaria.

No hay que dejarse confundir por un proyecto populista que muchas veces es un discurso vacío que solo ofrece demagogia, tanta que muchas veces no tiene sentido definir en él si es de derecha o de izquierda. El rechazo y la indolencia, de esos ciudadanos al margen que no se atreven a vertebrar una alternativa ni se entremezclan en los vericuetos de la política por considerarlo superfluo o repulsivo son el verdadero peligro.

El abstencionismo en las más recientes elecciones europeas que en Francia contribuyó a la victoria del partido Agrupación Nacional de Madame Le Pen, es un ejemplo contundente de lo necesaria que se antoja una

aproximación más firme al establecimiento de metas comunes y la reformulación de la política. El abstencionismo y el rechazo a actuar cívicamente como miembro de una sociedad libre mediante el voto puede ser aún peor para las sociedades que el resentimiento y el rechazo a las élites propios de la base social del populismo.

Como he tratado de describir a lo largo de esta investigación no habrá un escenario fértil para tal transformación política impostergable, mientras la globalización en esta variante tan agresiva que conocemos hoy día no sufra los cambios pertinentes. No podemos esperar a que se den condiciones ideales para gestionar tales cambios.

El nacionalismo deviene el último refugio para esos desgastados por la globalización y la impotencia o la desidia de las élites, el odio es su forma de autodefensa y además su carta de castigo. La única forma que encuentran de sentir confianza en sí mismos y en su futuro es a partir de reafirmar su identidad colectiva aunque ello implique un rechazo al otro. La alternativa globalizadora no permite reafirmar la identidad más bien aspira a destruirla. Tal intransigencia implícita en los postulados liberales de la globalización, tal ortodoxia en su aplicación cínica es la que conduce hoy a una reacción igual de intolerante y extrema.

Esa ampliación de una base fuerte de electores que responde a un hombre fuerte, no necesariamente tendría que conducir al fascismo pero si podría parecerse su metamorfosis en occidente a *La Cuarta Teoría* esbozada por ideólogos del Euroasismo como Aleksander Dugin.

Si hasta ahora EE.UU ocupa una posición de hegemonía a nivel mundial ello no obedece solo a su fortaleza económica o poderío militar también se nutre de su hegemonía ideológica, algo que por ahora no hacen peligrar en serio, países como China y Rusia. Los valores norteamericanos expandidos por todo el mundo, aferrándose en nuestro sentido común, siguen siendo una alternativa mucho más asimilable en Occidente. Pero eso puede cambiar quizás no en forma de imperios controlados por oligarquías nacionalistas pero sí con modelos políticos que no incorporan una elemental ética de respeto al diferente.

Es bueno recordar que si las políticas promueven la flexibilidad del trabajo eliminan los procesos de interacción entre colegas, procesos esenciales para la transmisión de competencias y de actitudes profesionales constructivas. Si esperas cambiar de actividad no importa cuando, a cambiar de empleador como quien chasquea los dedos , a cambiar regularmente de colegas y sobre todo a cambiar eso que tu eres, tu deontología no puede más que devenir declaradamente oportunista (Standing, 2012).

Entre una derecha a la que no le interesa proponer algo nuevo y una izquierda tímida que acepta las leyes del mercado como modelo eficaz de funcionamiento, surgen vías alternativas que apelan a la nostalgia nacionalista. Esas opciones que al parecer restauran la *simetría* entre los que toman las decisiones y los que las generan, en realidad retrasan la necesidad perentoria de brindar solución efectiva a los problemas. Solución que solo llegaría entendiendo a la política como un juego que es necesario dirimir en dos escenarios el local y el global.

La democracia padece de un sentido trágico y es así en la medida en que en los sistemas democráticos a veces los ciudadanos priorizan la estrecha visión de sus intereses en la realidad inmediata. El poder no siempre se escoge con prudencia y eso puede desembocar en tiranías. El hombre indignado, hacinado en la pobreza contemplando el hedonismo de unos pocos, busca un héroe. El héroe de Carlyle en nuestra época es bufón, no necesitamos héroes necesitamos prudencia y virtud.

BIBLIOGRAFÍA

Albertazzi y McDonell. (2008) *Twenty-First Century Populism: The Spectre of Western European Democracy*. New York: Palgrave McMillan.

Ballesteros, M. C. (2018) *La globalización: su impacto en el estado-nación y en el derecho*. Revista Jurídica Derecho, Volumen 7. Nro. 8, 19-37.

Bauman, Z. (2002) *La globalización: consecuencias humanas*. Segunda edición en español. México DF: Fondo de Cultura Económica.

Beck, U. (1998) *¿Qué es la globalización?* Barcelona: Paidós.

Berlin, I. (1996) *El sentido de la realidad*. Madrid: Taurus.

Blanco, J. A. (1998) *Tercer Milenio*. La Habana: Editora Félix Varela

Bobbio, N.; N. Matucci y G. Pasquin (2002) *Diccionario de Política*. Ciudad de México: Siglo Veintiuno.

Bobbio, N.; Offe, E. y S. Lombardi. (1999) *Democracia, mayoría y minoría*. Revista italiana de Ciencias Políticas, 4, 17-28.

Boltansky, L. y Chiapello, E. (2002) *El nuevo espíritu del Capitalismo*. Madrid: Akal.

Brünner, J. J. (2017) *Globalización cultural y posmodernidad*. Cuarta reimpression. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.

Carrere, E. (2013) *Limonov*. Barcelona: Anagrama.

Castells, M. (2006) *Globalización, Estado y sociedad civil: el nuevo contexto histórico de los derechos humanos*. Universidad de California- Berkeley.
<http://isegoria.revistas.csic.es/index.php/isegoria/article/viewFile/518/518>.
Revista de Filosofía Moral y Política

Chomsky, N. (2016) *¿Quién domina el Mundo?* Barcelona: Ediciones-B.

Colectivo de Autores (2017) *El porqué de los populismos. Un análisis del auge populista de derecha e izquierda a ambos lados del Atlántico*. Barcelona: Editorial Deusto.

- Colin, N. y Verdier H. (2012) *La era de la multitud*. Paris: Armand Colin.
- Crick, B. (2003) *En defensa de la política*. México DF: Tusquets.
- Dahl, R. A. (1980) *Poliarchy, Participation and Opposition*. New Haven: Yale University Press, 48, 1.
- Drucker, P. (2004) *La sociedad post-capitalista*. Bogotá: Norma.
- Duguin, A. (2008) *La Cuarta Teoría Política*. Madrid: Ediciones Nueva República
- Ferrer, A. (1997) *Hechos y ficciones de la globalización*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2002) *Vigilar y Castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Friedman, T. L. (2005) *The World Is Flat: A Brief History of the Twenty-first Century*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux.
- Friedman, T. L. (2018) *Gracias por llegar tarde*. Barcelona: Ediciones Deusto.
- Fukuyama, F. (1992) *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta.
- Gellner, E. (2001) *Naciones y Nacionalismo*. Barcelona: Alianza Editorial.
- Ghemawat, P. (2008) *Redefiniendo la globalización: la importancia de las diferencias en un mundo globalizado*. Barcelona: Ediciones Deusto.
- Giddens, A. (1999) *Un mundo desbocado*. Madrid, Taurus.
- Giddens, A. y W. Hutton. (2001) *En el límite, la vida en el capitalismo global*. Barcelona: Tusquets.
- Gowan, P. (2000) *La apuesta por la globalización*. Madrid: Ediciones Akal.
- Gray, J. (2000) *Falso Amanecer, los engaños del Capitalismo Global*. Barcelona: Paidós.

Harnecker, M. (2017) *Globalización: Contra la globalización neoliberal, por una globalización humanista y solidaria*. Revista de Debate y Crítica Marxista, 38, 16-27.

Held, D. (1997) *La democracia y el orden global*. Barcelona: Paidós.

Held, D. (2006) *Redefinir la gobernabilidad global: ¡Apocalipsis cercano o reforma!* New Political Economy, Vol. 11, No. 2, junio de 2006

https://elpais.com/internacional/2018/03/26/actualidad/1522058765_703094.html

<https://www.elindependiente.com/economia/2019/06/21/gobierno-logra-desplome-las-ayudas-la-industria-se-cargan-recibo-luz/>

Kelsen, H. (2000) *Esencia y valor de la democracia*. Barcelona: Labor. Ed. 15.

Lipovetsky, G. y Juvin, H. (2011) *El Occidente globalizado*. Barcelona: Anagrama.

Markoff, J. (2018) *Olas de democracia: movimientos sociales y cambio político*. Granada: Comares

Marx, K. (1975) *El capital. Tomo I, vol. 2, libro primero, "El proceso de producción del capital"*. México DF: Siglo XXI.

May, J. D. (1978) *Delining Democracy: A Bid 01 Coherence and Consensus*. Political Studies, 26, 1.

McWorld Ritzer G. (2008) *La McDonalizacion de la sociedad*. Madrid: Editorial Popular.

Naím, M. (2013) *El fin del poder*. Madrid: Debate.

Nohlen, D. (2006) *Diccionario de Ciencia Política. Teorías, métodos, conceptos*. México DF: Porrúa.

Piketty, T. (2015) *Las crisis del capital en el siglo XXI*. Barcelona: Anagrama.

- Raymond, A. (1997) *Introduction a la philosophie politique*. Paris: Le livre de poche.
- Ritzer, G. (2008) *La McDonalizacion de la sociedad*. Madrid, Editorial Popular.
- Rodrik D. (2011) *La paradoja de la globalización*. Cataluña: Editores Antoni Bosch.
- Roskin M. y col. (2007) *Political Science: An Introduction*. New York: Prentice Hall.
- Sampieri Hernández, R. y col. (2006) *Metodología de la Investigación. Cuarta Edición*. México DF: Mc Graw Hill Interamericana.
- Sartori, G. (1974) *Democrazia e delinizioni*. Bolonia: Il Mulino.
- Sassen, S. (2007) *Una sociología de la globalización*. Buenos Aires: Katz.
- Sennett, R. (2000) *La corrosión del carácter*. Barcelona: Anagrama.
- Sennett, R. (2006) *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Shils, E. (1976) *Los intelectuales y el poder*. Buenos Aires: Ediciones Tres Tiempos, Colección Libros del Hoy Candente nº2.
- Standing, G. (2012) *El precariado: una nueva clase social*. Barcelona: Pasado y Presente.
- Stiglitz, J. E. (2002) *El malestar en la globalización*. Madrid: Taurus.
- Taquieff, P. A. (2015) *La revancha del Nacionalismo*. Paris: Presses Universitaires.
- Taylor, Ch. (2006) *Las fuentes del yo*. Barcelona: Paidós, Surcos 21.
- Tilly, Ch. (2010) *Los Movimientos Sociales 1768-2008*. Barcelona: Ed. Crítica.
- Vallespín, F. (2003) *Teoría Política*. Madrid: Alianza Editorial.
- Vallespín, F. y Bascuñán, M. (2017) *Populismos*. Madrid: Alianza Editorial.

Vargas Llosa, A. Coordinador (2018) *El estallido del populismo*. Barcelona: Planeta.

Ylarri, J. S. (2015). *Populismo, crisis de representación y democracia*. *Foro, Nueva época* 18 (1): 179-199.